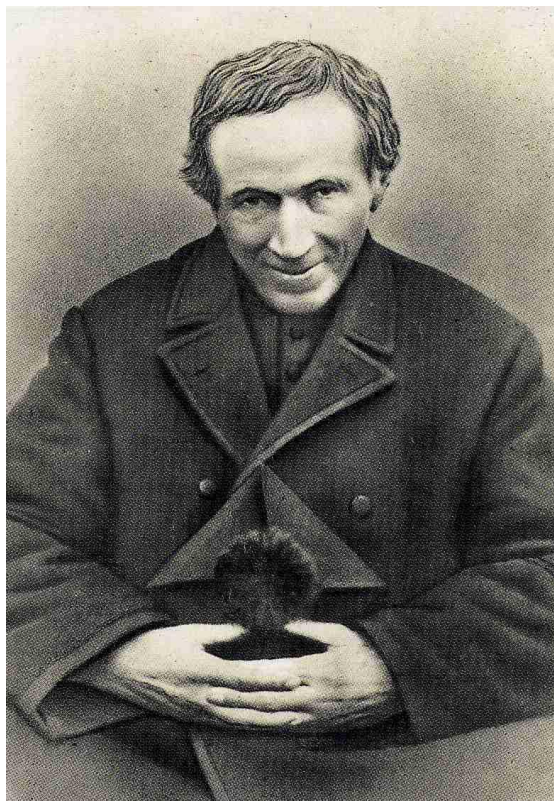


P. Evaristo J. Mtz. de Alegría scj



LA CARIDAD CRISTIANA

Desde las enseñanzas del P. Andrés Prévot scj

Precedida de una breve biografía actualizada

Traducción, puesta al día, anotaciones al libro del P. J. Keup scj

Postulación General, Roma 2009

A ORILLAS DEL RÓDANO EL SEÑOR ECHÓ SUS REDES

Después de haber concluida la traducción de “Los más hermosos pensamientos del P. Andrés Prévot”, que el P. J. Keup había reunido, probablemente, en su época de maestro de novicios en Clairefontaine, 1929-1934, me ha parecido oportuno traducir la presentación hagiográfica que él hace, introduciendo diversas notas y precisiones, a la luz de la documentación y estudios de su figura y personalidad, intentando dejarla en la medida de lo posible ágil y legible para nuestros días, lejanos de estos personajes y de su mundo espiritual, que hizo también crecer a nuestras raíces dehonianas.

El libro, que contiene estas dos secciones, se publica en 1946, con los desastres de la II Guerra Mundial, presentes aún en las ruinas materiales y espirituales que habían convulsionado el mundo europeo y, en especial Bélgica, Francia, Holanda, Italia y en los lugares de otros continentes, donde los discípulos del P. Andrés, continuaban su tarea y difundían su espiritualidad a través de los maestros de novicios y formadores, que eran sus discípulos o muy cercanos a su figura.

I. INFANCIA

El P. Andrés Prévot nació el 9 de noviembre de 1840, en Teil, un pequeño pueblo francés, situado a las orillas del río Ródano inferior.

Este valle del Ródano puede ser uno de los más hermosos lugares de Francia. Al este se extiende la cadena maciza de los Alpes, mientras que al oeste se elevan en suaves pendientes, colinas sembradas de aldeas y pueblos coquetos y pintorescos. En medio de esta tierra, fértil y soleada se encuentra el pueblo natal del P. Andrés Prévot.

Fue el noveno de una numerosa familia de quince hijos. El primer cuidado de sus padres, católicos convencidos, y que vivían su fe, fue el de educar a sus hijos para aquel que los había confiado. En este hogar, como en toda familia animada por el espíritu del Evangelio, reinaba la bondad, y se vivía la sana alegría. Los años de la infancia y adolescencia del P. Andrés, que había recibido el nombre de León en el bautismo, fueron soleados, como lo era su tierra.

Con sus tradiciones cristianas y la oración siempre presente de sus padres, la casa paterna fue un terreno fértil para la vocación sacerdotal del pequeño León. Y cuando, en el día de su Primera Comunión, su confesor el abate Ollier, le comenta acerca de la elección del camino para el futuro de su vida, pudo constatar que ya había tomado la resolución de darse todo a Dios siendo sacerdote.

León recibe, casi en la misma época el sacramento de la confirmación de manos de Mons. Guibert, quien sería años más tarde Cardenal Arzobispo de París, recibiendo la fuerza del Espíritu Santo, para poder luchar contra los enemigos de la fe y de la vocación.

El P. Andrés no olvidará jamás en su larga vida que por los tres sacramentos: Bautismo, Eucaristía y Confirmación, recibidos en sus diez primeros años, su alma se había transformada en templo del Espíritu Santo. Puso todo su empeño en adornar este templo con virtudes y toda su energía en defenderlo. Cada año, celebraba con el mismo fervor el aniversario de estos días de gracia. A sus sesenta años, todavía escribía: “Ayúdame a celebrar dignamente el aniversario de mi Primera Comunión, que recibí en la fiesta de Nuestra Señora de los Dolores, el de mi Bautismo y Primera Misa”.¹

II. SU VOCACIÓN

Cuando León comunicó a sus padres la llamada vocacional al sacerdocio, cuenta que recibieron con alegría la noticia y que con alegría, también, le dieron su consentimiento. Su confesor lo presenta a los PP. Basilio que dirigían un colegio no lejos de Teil, para jóvenes alumnos.

Este centro gozaba de una excelente reputación; León hará honor a la misma como alumno, por su piedad y aplicación. Uno de sus compañeros dirá más tarde: “Era un alumno inteligente y trabajador; todo en su persona dejaba ver al sacerdote infatigable y aun al perfecto religioso”.

Pronto entra en el Seminario Mayor de Viviers, en su diócesis natal (1855). Tuvo la gracia de haber hallado con una excelente dirección llevada por los Sulpicianos. Según la costumbre de estos maestros reputados, los seminaristas eran divididos en grupos, y cada uno con su director particular tanto, en lo material como en lo espiritual, al que debían acudir los seminaristas del grupo. León se encontró con el abate Roux, un padre espiritual y al mismo tiempo un amigo, que ejercerá sobre él una influencia profunda desde la espiritualidad de la Escuela Francesa.

Este sacerdote daba a sus seminaristas el ejemplo de una piedad atrayente y un verdadero espíritu de penitencia. León, a pesar de su juventud, intenta imitarlo en todo. En 1859, el deseo de unirse más estrechamente a Dios, lleva al abate Prévot a llamar a la puerta del Noviciado de los Jesuitas. La acogida es excelente pero la delicadeza de su salud le obliga a dejarlo al final del segundo año de prueba.

A continuación tuvo que pasar algún tiempo en familia, esperando un pronto restablecimiento de su salud maltrecha, para completar sus estudios teológicos, que alterna con su trabajo como preceptor de unas familias de alta burguesía de Aix-en-Provence y Marsella (1864). Trabajo, estudio y preparación al sacerdocio, concluyendo sus estudios teológicos, recibiendo la Ordenación sacerdotal en 1865, y siguiendo sus estudios alternándolos como antes con su trabajo de preceptor, hasta 1870 en que consigue su doctorado en Teología en la universidad Aix.²

¹ Positio Super vita et virtutibus, vol I. Principali dati biografici I, pp. 6-11. Bautismo: 10 noviembre 1840, con los nombres de María, León, Regis; Primera Comunión: 17 marzo 1850;

Confirmación: 1 abril 1850. Se celebraba en el llamado Viernes de Dolores, antes del Domingo de Ramos, La reforma litúrgica posconciliar con escaso sentido pastoral en este caso, la eliminó dejando la sola celebración de septiembre con el fin de evitar duplicados.

² El doctorado en Teología en Aix-en-Provence no debió parecerle suficiente a la Madre Verónica por lo que le hizo ir a Roma, a las fuentes y, acaso alejarle del galicanismo, a la vez de tenerlo como delegado suyo ante personajes de la

Recibe el diaconado el 1 de abril de 1865, día del aniversario de su confirmación y la ordenación sacerdotal el 10 de junio en la catedral de Aix, de manos de Mons. Chalandon. Al día siguiente, en la intimidad, celebra su primera Misa. El fin de todas sus oraciones y de todos sus esfuerzos lo había plenamente logrado.

III. EMPEÑO PASTORAL COMO SACERDOTE SECULAR

Sus veinte primeros años de un largo y fructuoso apostolado los vive dentro del clero secular. Durante cuatro años se dedica al estudio y a la enseñanza, como arriba está indicado. Pronto fue nombrado director de las MM. Ursulinas. A partir de este momento se entrega sin descanso a la salvación y santificación de las almas, realizando actividades pastorales que pronto llaman la atención de la ciudad, en la que se va difundiendo su fama de santidad.

El punto central de su apostolado, alrededor del cual giraba su ministerio era la devoción al Sagrado Corazón. Conducir al Corazón ultrajado de Jesús las almas, que por su amor, se esforzarían en reparar la ingratitud de los hombres y expiar sus pecados, este fue en el convento de las Ursulinas el fin de sus trabajos apostólicos en Aix.

En sus sermones, hablaba repetidamente sobre la queja de Nuestro Señor a Santa Margarita María: “He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres, y de los que no recibe, de la mayor parte, otra cosa que indiferencia e ingratitud”.³

Confirmaba sus predicaciones con el ejemplo. Se le podía ver rezar, brazos en cruz, delante del tabernáculo, donde está presente el Señor que los hombres olvidan. Practicaba de una forma poco común la penitencia reparadora, la pobreza voluntaria; para los pobres y necesitados no conocía límites su caridad. Daba su comida a los pobres y se contentaba con trozos de pan seco. Sus emolumentos que eran de 200 francos pasaban íntegros a un orfanato, con el que colaboraba, dirigido por el abate Peylin. Una noche, su cama y su blanquería fueron a parar a casa de un pobre enfermo.

Habiéndole regalado un breviario nuevo no tuvo otra ocurrencia que venderlo, lo más rápidamente posible, y distribuir el precio a sus protegidos más necesitados, diciendo que a él le era suficiente el viejo. Su caridad y su mortificación le atraeron muchas más almas que las que podían sentirse atraídas por su sermones más elocuentes.

En 1874, en el mes de octubre se pone en contacto con la M. Verónica, guiada espiritualmente por el abate sulpiciano M. Emilio Roux, muy conocido por D. León Prévot desde el seminario, fue su director espiritual y al que sucedería como capellán en Les Avenières , a la muerte del primero en 1876.

Curia Roma y asesorarse sobre la prevista fundación de Sacerdotes Víctimas así como buscar apoyos y aclaraciones para la propia Congregación de Religiosas Víctimas.

³ El p. Andrés, en su libro: Amor, Paz y Alegría, un mes dedicado a santa Gertudis, que enviaría, años más tarde al p. Dehon, para confrontar su camino espiritual con el de la Congregación, arranca sobre todo de una fuente medieval más clásica y litúrgica: santa Gertrudis de Helfta. La Escuela Francesa y la figura de Margarita Maria le eran bien conocidas, así como la espiritualidad victimal especialmente alrededor de Marsella, en la que da sus primeros pasos la M. María Verónica, maestra espiritual del Siervo de Dios..

En 1875, siendo su persona y apostolado controvertidos en el ambiente eclesiástico y con el arzobispo nuevo Mons. Forcadé, un tanto reticente por carácter a novedades, fue nombrado párroco de Port-de- Bouc. Partió enseguida a su nuevo destino para ejercer el apostolado en este pequeño pueblo, situado a orillas del Mediterráneo, haciendo su entrada en la casa parroquial, con gran sorpresa de sus feligreses, sin más bagaje que su viejo breviario bajo el brazo. Los parroquianos, que habían recibido con frialdad a su nuevo párroco, intrigados, esperaban con curiosidad la llegada de unos inexistentes muebles. Los días van pasando, no llega nada y la casa parroquial permanece vacía como la dejara el sacerdote precedente. El nuevo Cura de Ars lo llamaban sus fieles, devotos o no, por su pobreza, dedicación pastoral, penitencia y oración y santidad.

Al año siguiente, 1876, su arzobispo le permite seguir su camino hacia la vida religiosa, vocación a la que sentía llamado y sobre lo que ya había hablado y pedido permiso. Algo nada fácil, al no ver claro el camino y los diversos intentos de una nueva fundación junto a la Madre Verónica condenados al fracaso⁴. Pasó estos años caminando por distintos derroteros en su diócesis de origen, hasta 1885 en que su encuentro con el P. Dehon, le hace sentirse como en casa, en S. Quintín y Sittard, ciudad holandesa en la que, por 23 años será el “Maestro de novicios de la Sociedad de los “Sacerdotes del Sagrado Corazón de San Quintín”, le Bon Père André”.

Durante diez años todavía el futuro P. Andrés se dedicará al apostolado en varias parroquias de la diócesis. En todas partes su piedad e inagotable caridad le harán ganarse la estima y veneración de todo su rebaño fiel.

Pero, hombre de escucha a las inspiraciones de la gracia, el abate Prévot percibía que Dios tenía otros proyectos para él. Desde los primeros años de su sacerdocio, en Aix, se había preocupado de la idea de formar una asociación de almas devotas del Corazón de Jesús. Después de su marcha de Port-de-Bouc, su plan se va precisando: reunir alrededor de él un grupo de sacerdotes, animados por el mismo espíritu y dispuestos a consagrarse con él al desarrollo de la devoción y culto Sagrado Corazón. Estaba convencido de seguir con esta orientación el espíritu de la Iglesia y de los Romanos Pontífices, no cesando de recomendar la devoción al Sagrado Corazón, como el apostolado más eficaz en nuestros tiempos para atraer y ganar las almas.

Con el fin de lograr su objetivo, se fue a la Roma de Pío IX, impulsado por la M. Verónica donde completó sus estudios en el Colegio Romano, recibiendo el grado de doctor en Teología el 9 de junio de 1879.

En Roma encuentra también la ocasión de entrar en contacto con personajes cuya influencia podía ayudarle para cumplir sus objetivos. Los años fueron pasando y nada se llevó a término. Dios tenía sobre su siervo otros objetivos. Mientras en el Midi de Francia, el P. Prévot ensayaba la fundación de una sociedad de sacerdotes entregados al Corazón de Jesús en espíritu de reparación, siguiendo el estilo de las Siervas del Corazón de Jesús (Víctimas) fundadas por la M. Verónica, el joven canónico León Dehon fundaba en San Quintín, la Congregación de los Sacerdotes del Corazón de Jesús.

El 28 de Junio de 1878, en manos del Arcipreste de la Basílica, el P. Dehon emitía sus votos. Deseando enseguida fijar las reglas y constituciones de la nueva Congregación se puso en contacto

⁴ Para entender este mundo espiritual de inicios del siglo XIX en Francia, alrededor del culto al Corazón de Jesús, o devociones afines, en lo que respecta a la espiritualidad victimal, el P. Marcel Denis scj nos ha dejado una obra única, titulada “La spiritualité victimale en Francia”, indispensable.

Ver: Studia dehoniana, 11. Centro Generale di Studi. Roma 1981.

con varias órdenes y congregaciones religiosas, tanto de hombres como de mujeres solicitando, junto a oraciones, consejos, el apoyo de sus plegarias. Estableció contacto en París con D. Bosco y con varios superiores generales.

El P. Dehon se dirigió también entre otras, a un alma privilegiada de Nuestro Señor, la Reverenda Madre, María Verónica del Sagrado Corazón, de las hermanas Reparadoras del Sagrado Corazón, a las que dirigía en esto momento el abate Prévot, que había sucedido a M. Emile Roux.

La M. Verónica, rápidamente llamó la atención de su director sobre esta nueva fundación; le pareció que el Instituto que querían fundar, uno y otra, existía ya.

No obstante el abate Prévot sentía siempre la duda. En noviembre de 1883, después de la muerte de la M. Verónica (8 de junio), es cuando se puso en contacto con el P. Dehon. Le escribe por estos días: “Numerosas indicaciones de la Providencia me mueven a pedir información con respecto a vuestra nueva fundación. Al mismo tiempo os pido la ayuda de vuestras fervientes oraciones, para conocer y seguir fielmente la santa voluntad de Dios”.

Al mismo tiempo envía al P. Dehon el manuscrito de su libro: “*Amour, paix e joie dans le Sacré Coeur de Jésus*”, preguntándole si el espíritu de este libro se ajustaba bien con el de la nueva Institución. Un libro que ha colaborado también a modelar la espiritualidad dehoniana, bien conocido por los novicios, y que la última edición en 1961, en Francia, se agota a las puertas del Concilio⁵.

El P. Dehon le pudo responder afirmativamente a sus preguntas y a aclararle el fin del Instituto y la formación de sus miembros.

El 3 de diciembre siguiente, el P. Prévot responde: “Os agradezco vuestra carta. Os estoy profundamente agradecido por las informaciones que habéis querido darme. Creo que, al final, he encontrado mi vocación”.

IV. SU ENTRADA EN LA CONGREGACIÓN DE LOS SACERDOTES DEL CORAZÓN DE JESÚS

Todo llega: el 21 de mayo 1885, después de un examen profundo y de mucha oración, el que a partir de ahora llamaremos el Buen P. Andrés, ruega al P. Fundador el ser recibido en la Congregación.

La persecución religiosa en Francia y la amenaza de expulsión, desde 1880, habían obligado al P. Dehon a buscar un refugio en el extranjero. En 1883, por circunstancias providenciales, había alquilado una propiedad en Watersleyde, cerca de Sittard, en Holanda. Allí trasladó el noviciado, justo en el momento en el que el P. Andrés iba a comenzar su formación religiosa. Un amigo suyo P. Charcosset, del grupo de la M. Verónica, le había precedido como novicio.

Fue para él un no pequeño sacrificio, abandonar su patria, su tierra, el sol y cielos claros, e ir a vivir en un país lejano de brumas, agua, frío y desconocido, pero nada fue obstáculo para retenerlo desde el momento en que había vislumbrado el objetivo durante tanto tiempo perseguido.

⁵ Aunque su lectura sea hoy realmente lejana por su estilo y su espesura espiritual podrían ser interesantes una relectura en lenguaje y adaptación en las lenguas hoy “vivas” de la Congregación: Portugués, español, inglés, indonesio, polaco... en algunas ya existen traducciones también antiguas.

Las privaciones consiguientes, inevitables e inseparables del comienzo de una nueva fundación, la vida en común con novicios mucho más jóvenes, puesto que ya tenía veinte años de sacerdocio, le procuraron no pocas ocasiones de practicar la pobreza, la caridad fraterna, la abnegación. No le falta nada.

Después de cuatro meses de noviciado solamente, el nuevo religioso había dado tantas pruebas de virtud, de verdadero espíritu religioso, de preparación, que fue admitido con una dispensa del Papa para emitir sus votos por medio de los cuales se unía para siempre a la Congregación, el 22 de septiembre 1885, en S. Quintín, en manos de Mons. Thibaudier.

En este año que sigue al Noviciado el P. Dehon tuvo ocasión de conocer de más cerca al nuevo religioso, apreciar sus cualidades y virtudes eminentes, así como sus dotes de organizador que tanta falta le iban a hacer en los 21 años que dirigió aquella casa 1886-1907. En el mes de noviembre de 1886, lo nombra superior de la casa y maestro de novicios.

V. LA LLAMADA AL SERVICIO DE SUPERIOR

A pesar de que el p. Andrés no había pasado más que un año en el Instituto, estaba ya dispuesto a asumir estas cargas. Desde su llegada, se había entregado totalmente al estudio y la práctica de las Constituciones.

Es más, después de veinte años, se entregaba al Sagrado Corazón de Jesús, una devoción toda conforme con la nueva Congregación.

La bendición divina aleteaba visiblemente sobre la obra del P. Andrés. Pronto al noviciado se une un seminario, para acoger las vocaciones de los pueblos cercanos. Para este fin comprará ya, en 1877, una propiedad más adecuada en el suburbio de Leyenbroek. En la primavera 1879 la comunidad se trasfiere a Sittard-Leyenbroek.⁶

La bendición divina se derramaba visiblemente sobre la obra dirigida por el P. Andrés. Pronto se unió al noviciado una escuela apostólica, para formar, en el seno mismo de la Congregación, a quienes un día debían formar parte de ella. El número de estudiantes, provenían la mayor parte de más allá de las fronteras, de las provincias católicas del Rhin y Westfalia, con lo que pronto aumentará también el número de novicios.

El p. Andrés se encarga él mismo de la dirección de las múltiples instalaciones y de la organización que conllevan necesariamente estas fundaciones. Este trabajo y las necesidades de todo género del noviciado y seminario, le parecen suficientes para llenar los veinte años que pasa en Sittard. Todo

⁶ Hasta la Primera Guerra Mundial, después de la separación de noviciados, y provincias. este seminario fue la casa más importante de la Provincia de Alemania, con una orientación misionera que llegó a ser la cantera de muchas vocaciones misioneras. La dos Guerras Mundiales pusieron en graves dificultades esta fundación. Al final fue la Provincia Holandesa quien se hizo cargo pero el problema de pastoral vocacional y la crisis conciliar les obligó a enajenarla, quedando sólo la capilla en la estaba sepultado el Siervo de Dios P. Andrés Prévot. La imposibilidad de mantener esta capilla obliga a trasladar su tumba al cementerio comunitario de Asten, no ciertamente el lugar más adecuado y circunstancial.

esto no le impide publicar numerosas obras ascéticas, y esta parte de la labor le parecía ser la más importante⁷.

Cada vez más el santo religioso se sentía penetrado de la amargura de la queja de Nuestro Señor a Santa Margarita María: “No recibo de los hombres, de la mayor parte, otra cosa que frialdad, indiferencia e ingratitudes”. Amar y hacer amar al Sagrado Corazón es el objetivo de sus esfuerzos infatigables, tanto para con sus religiosos cuanto para las almas que se le acercaban para pedirle consejo y dirección.

Escuchemos sus palabras que, gracias a su expresión persuasiva y al tono que sabía darles, ganaban todos los corazones: “Penetrémonos del espíritu de reparación y de amor; acojamos con alegría los sacrificios que tanto la divina Providencia como la santa Regla nos imponen: el silencio, la obediencia, la paciencia para soportar los defectos o las faltas de consideración respecto al prójimo. Ofrecámoslas al sagrado Corazón de Jesús por la salvación de las almas y como prueba de nuestro amor por Él. Nuestra vocación no es otra cosa que un apostolado de amor, de sacrificio, de reparación”.

Es en este espíritu en el que el P. Andrés dirigía a los religiosos jóvenes de su Congregación. Pero la formación que daba, más que por su palabra, era por el testimonio de su vida sacrificada. Para todos era una lección o un estímulo, una advertencia si era necesario. “Los que han hecho su noviciado bajo la dirección del P. Andrés, escribía uno de sus novicios, hoy misionero, no pueden echar en olvido el santo y saludable temor que reinaba en la casa. Se percibía que herir al hombre de Dios era, al mismo tiempo, una ofensa grave al Corazón de Jesús”.

A pesar de la dulce y paterna acogida con la que el P. Prévot sabía rodear su dirección no era por ello menos severa y firme. Obrando siempre él por motivos sobrenaturales y sin ninguna búsqueda de su “yo”, no admitía tampoco en los demás motivos de orden personal. El mismo P. General, P. Dehon, pudo decir el día de su entierro: “¿Quién puede recordar haber visto al querido difunto actuar por motivos puramente naturales?”

Yo lo he conocido íntimamente y durante largos años; nunca lo he visto obrar por razones puramente humanas”.

El Buen P. Andrés nunca tomaba en cuenta una ofensa, parecía como si no se diera cuenta. Pero, si se rechazaba un sacrificio a su divino Salvador que éste pedía, se sentía herido en lo más vivo. No podía ver a los que el Sagrado Corazón estaba en su derecho de pedirles más amor, pagarle con la indiferencia y la ingratitud. No obstante, desde el momento en que se venía a él, reconociendo con humildad las faltas, se estaba seguro de recibir la acogida más compasiva y tierna.

VI. PENITENCIA Y REPARACIÓN, EL LEMA DE UNA VIDA

Todos cuantos han conocido al P. Andrés: hermanos, estudiantes y demás, hablan con admiración de su vida de penitencia y sacrificio. De hecho, la reparación y la expiación forman el *leitmotiv* de

⁷ Sus obras publicadas son quince, de gran formato como el Año con María (2 vols) o la Vida de M. Verónica, y otras de menor espesor editorial pero con éxito de ventas. Era un autor conocido y estimado. Otro grupo de pequeñas obras autógrafas se encuentran en el archivo de la Postulación en Roma.

toda su existencia. Puesto que muchos otros pecaban por molición o lujo exagerado, él rehuía hasta de las mismas cosas permitidas y aun necesarias.

Y mientras otros malgastaban el tiempo, este don precioso de Dios, no encontrando ni siquiera unos instantes para consagrarlos a su Salvador, él se hacía escrúpulo el perder un solo minuto. Al pie del Sagrario, pasaba en oración los pocos instantes de libertad que le dejaban sus numerosas ocupaciones. Es más, cuando dedicará esfuerzo y tiempo para escribir la gran Vida de la M. Verónica, exigirá a sus religiosas que dedican alguna hora a la oración para sustituirlo delante del Señor...

Así como demasiados hombres rechazan el yugo divino para seguir ciegamente el camino ancho de la perdición, él, al contrario, se esforzaba por seguir fielmente el camino real, pero sembrado de espinas, el de la santa Cruz.

La severa vida que el abate Prévot había vivido en el mundo, la continúa, después de su entrada en la vida religiosa, sin rebajar el tono, hasta el día de su muerte.

Buscaba cualquier ocasión para mortificarse. En cierta ocasión, una hermana suya que le había dicho que, la cosa vista así no tenía nada agradable, la reprendió con una cierta aspereza: ¿Cómo que no es agradable? ¿Acaso un religioso debe buscar lo que es cómodo y agradable? No es cuestión nuestra, nosotros solo debemos buscar lo que es contrario a la naturaleza”.

Se puede aplicar literalmente al P. Andrés las palabras de S. Pablo, de quien quería ser discípulo:”castigo mi cuerpo y lo tengo en sujeción”. Observó con la mayor fidelidad los ayunos de la Iglesia y de su Congregación. A pesar de su trabajo aplastante y sus largas vigiliás, nunca se concedía una dispensa, ni que quería admitir que en tal o cual ocasión, la ley del ayuno no lo obligaba.

Algunos meses antes de muerte, en verano de 1913, víspera de la Asunción, llega a Copenhague, donde iba a predicar unos ejercicios a unas religiosas. Como acababa de realizar un viaje muy largo pensaron en prepararle un buena comida para poder entonarlo, dada la edad, la poca salud y que su compañero de viaje era el mareo. La rechazó con humor y con firmeza: “Tengo 73 años, les dice, y hasta aquí el Señor me ha concedido la gracia y la alegría de nunca faltar a las leyes del ayuno y abstinencia”.

Una de sus máximas favoritas era ésta: “Es necesario que cada minuto este señalado por un sacrificio”, y lo ponía fielmente en práctica. Su trabajo, sus viajes, sus recreaciones con sus hermanos, sus estudios, su oración, todos tenían su propia mortificación, en su vestido, en la mirada, en el uso de la lengua, etc.

Una pequeña debilidad del P. Andrés era el café, que siempre considera como algo que tiene vencer. En su correspondencia con Claire Baume aparece muy frecuentemente, llegando tomarlo sin azúcar, para no dejarse llevar del todo. La falta de reposo, sus largas vigiliás de oración y de trabajo, le hacían aparecer en ocasiones durante la jornada adormecido, con admiración y sorpresa y a veces regocijo de sus novicios (*ndr*).

VII. UNA POBREZA VIVIDA

A ejemplo de S. Francisco de Asís el P. Andrés había tomado por esposa a Madonna Povertà. Esta pobreza la vivía y practicaba todos los días escogiendo siempre en la alimentación, el vestido, la

habitación lo que era menos bueno y lo más incómodo. Quería seguir de cerca al divino Maestro, soportar como Él la fatiga y el hambre, y como Él, no tener un sitio donde reclinar su cabeza. Pasa de todo lo que no sea absolutamente necesario, apartando con mano firme todo lo que tuviera solamente apariencia de confort.

Para convencernos un poco, echemos una mirada a la habitación de este buen religioso, al que el pueblo de Sittard y alrededores, muy pronto comenzó a llamarle “el santo Padre”. Una gran cámara desnuda cuyos muros están blanqueados con cal. Por todo adorno solamente se encuentran dos imágenes clavadas a la pared, de papel ordinario: el Sagrado Corazón y de la Santísima Virgen, encima de su mesa de trabajo. Dos ventanas dejan entrar la luz en los días grises y brumosos de Holanda.

Esta mesa es tan sencilla cuanto es posible, no se ven otros libros que los usa para sus escritos. Delante de sus ojos, un crucifijo bien modesto, llamada continua a la mortificación y la penitencia. Después de su grave enfermedad en 1900, el hermano enfermero le puso en su habitación un sillón, el P. Andrés nunca lo usó: “Tengo bastante con la silla, si me siento un poco fatigado me apoyaré un poco”, decía.

Su lecho era la dureza extrema; pero además había noches que ni lo usaba. Junto al lavabo y jofaina, durante muchos años tuvo un espejo todo roto; no es extraño que quienes lo recuerden con un afeitado irregular y descuidado lo que le daba aspecto de descuidado, aunque tuviera cuidado de ir pobremente limpio y aseado

Su estufa, a pesar de fríos y heladas, permanecía siempre apagada, sólo obligado y enfermo, consintió que se encendiera en algunas circunstancias.

Los sufrimientos interiores se añadían, a menudo para el P. Andrés, a las penitencias exteriores. Pasó muchas horas con Jesús en el Huerto de los Olivos, en las garras de la tristeza, en las angustias del alma, en el sentimiento del abandono divino.

A lo largo de su vida la noche del alma le llevó a vivir profundamente de la fe, del abandono total, del amor puro, como se percibe de sus cartas a Claire Baume o al mismo P. Dehon, su director espiritual y amigo, antes de entrar a formar parte le

Congregación, viviendo profundamente el espíritu de víctima y abandono firmó un cheque en blanco que el Señor aceptó y lo cobró a lo largo de su vida.⁸

Así como la pérdida de las almas era para el Corazón de Jesús el dolor más punzante, también su servidor sufría por el abandono y apostasía de tantos cristianos. Es por ellos por quienes se ofrecía en sacrificio de expiación. Reparar los pecados del mundo, ofrecerse como víctima por la salvación de las almas, había llegado a ser la preocupación constante de su vida.

Sorprende que el P. Keup, al regalarnos unas pinceladas del cuadro del P. Andrés, no ponga de relieve su interés por los sacerdotes caídos “i poveri preti”, puesto que fue uno los objetivos de la primera fundación de la M. Verónica para ayudarlos a rescatar su vida y que ellos, vista la imposibilidad, creían que se pudiera realizar en la nueva fundación de S. Quintín. Eran muchos en

⁸ Para adentrarse en esta problemática ver la *Positio super virtutibus I*, cap. XI-XI y la *Vie du Père Prévot* del P. Georges Bertrand, que hizo conocer toda esta problemática espiritual a la Congregación. Véanse también los folletos sobre esta figura escritos, o traducciones del P. Evaristo M. de Alegría, de pequeñas obras como ésta misma, un poco retocada y puesta al día por el mismo autor, postulador de la Congregación.

En el original no hay citas ni anotaciones. No se pretende tampoco hacer una traducción crítica sino facilitar una lectura sencilla y popular, como lo hizo el autor.

aquellos años del XIX, y responde a la reparación de” aquellos por los cuales ha mostrado mayor predilección”, como pedíamos en la Protesta Reparadora, evocando las palabras del Señor a santa Margarita.

El P. Andrés tuvo siempre esta idea y creyó que podría realizarse en nuestra Congregación no faltando intentos y sobre todo oraciones, así como compromisos en casos concretos, dentro y fuera de la Congregación. En sus escritos la llama la Obra de los pobres sacerdotes, frente a la Congregación que denomina Sociedad. En Francia hubo varios intentos y fundaciones, después en Bélgica con lo que estuvo en contacto.

A este respecto es muy significativo el epistolario entre P. Prévot y Claire Baume.

VIII. HOMBRE DE ORACIÓN

El Evangelio nos dice, hablando de Jesús: “Pasó la noche en oración”. E P. Andrés saca de esta parolá la fuerza y el coraje para seguir el ejemplo de Jesús.

“¿No podéis velar ni siquiera una hora conmigo? “Estad en vela y rezad”.

Este reproche y esta petición, dirigidos en primer lugar a los apóstoles, y repetidos en 1675 a santa Margarita María, habían penetrado en el corazón del P. Andrés. Su respuesta no fue un vago sentimiento de compasión, sino un: “Heme aquí, vengo”, pronunciado con fuerza.

Como Nuestro Señor mismo y como todos los santos, el P. Andrés rezaba constantemente. Desde las cuatro de la mañana, y a veces antes, bajaba a la capilla, en la que después de haber pasado una hora de oración delante del Sagrario, cuando los demás miembros de la comunidad, hacia las cinco, llegaban para oración de la mañana y meditación, encontraban siempre al P. Andrés haciendo su viacrucis.

Todos sus momentos libres los dedicaba a la oración. Yendo de una sala a otra, con los ojos bajos, musitaba dulcemente con los labios: rezaba.

Su oración preferida era el Rosario. Solo Dios sabe cuantas veces al día los granos de su rosario pasaban por sus delgadas manos. Los más ancianos habitantes de Sittard recuerdan todavía de haber visto al “santo Padre”, yendo como peregrino a la basílica donde celebraba la santa Misa a los pies de la estatua de la Madre de Dios. Hacía este camino siempre rezando y, sólo alzaba los ojos para responder amablemente, al saludo de quien se encontraba en el camino.

No creía que las recreaciones fueran una pérdida de tiempo. Para él eran un ejercicio de Regla, querido por Dios; las pasaba entre sus novicios y religiosos y las consideraba como una oración así como un buen momento para hacer obras de caridad y reparación.

Hemos señalado que, él mismo se había encargado de la dirección de los trabajos de construcción y de los diversos sectores de la casa. Esto no le absorbía todo su tiempo, que consagró en su mayor parte a la formación de sus novicios, al apostolado de la pluma y, en modo particular a la oración.

Se puede preguntarse cómo, en medio de tantas y absorbentes ocupaciones, el P. Andrés ha podido encontrar tiempo libre para escribir sus libros que disponemos, también algunos sin imprimir y cómo trata las distintas materias con tanta profundidad.

El primero se titula: *Amour, paix e joie dans le Coeur de Jésus*, comprende una serie de meditaciones, para todo el mes junio, sacadas en gran parte de las obras de santa Gertrudis. Tuvo un gran éxito entre los fieles y se tradujo a varias lenguas.

Dedica años a su libro de meditación: *L'Année avec Marie*. Este libro estuvo introducido en gran número de congregaciones religiosas, del que se sirvieron con gran provecho. Se debe recomendar igualmente a los seglares, en el mundo, como podremos convencernos conociendo y siguiendo esta obra, como escribe el P. Keupp en 1946.

Podemos añadir a estas dos obras una decena de libros ,también publicados por el P. Andrés. En su mayor parte son opúsculos de meditación, para retiros, de tipo devocional para los distintos meses del año, etc...

He aquí algunos de sus títulos: *Bouquet de violentes, Fleurs nouvelles, Manuel de dévotion au Saint-Esprit, Mois de Saint Joseph...*

Además, el P. Andrés hizo publicar la biografía de la Sierva de Dios, María Verónica del Sagrado Corazón, Fundadora y Primera Superiora General de las Religiosas Reparadoras del Sagrado Corazón, de la que él había sido Director. Posteriormente publica también una edición reducida de esta misma biografía, con una muy interesante introducción sobre el espíritu de víctima⁹.

IX. ES PRECISO HACER DESBORDAR LA MEDIDA DE LA CARIDAD

Sacerdote celoso, religioso perfecto, director clarividente y seguro, hombre de acción y oración, fiel amante de la pobreza, alma penitente y reparadora, el P. Andrés fue sobre todo *el apóstol de la caridad*. Su vida, su ejemplo de virtudes, sus escritos nos muestran la prueba más manifiesta.

El mayor de los mandamientos del divino Maestro a sus apóstoles: “Amaos los unos a los otros como yo os he amado” y esta otra palabra dirigida a la fiel enamorada de su Corazón, santa Margarita María de Alacoque: “He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres” fueron la raíz de su caridad sin límites.

Quienes lo han conocido y vivido con él, atestiguan unánimemente, que realizó a la letra este lema que se había escogido y que, cada uno, pudo medir el grado de heroísmo que exigía a este santo religioso: “Me empeñaré en repetirme en cada ocasión: Es necesario hacer desbordar la medida de la caridad”.

Magnánimo como su divino Maestro con respecto a sus adversarios, no quería retroceder, ante una ofensa recibida, ni que se abriera su corazón a sentimientos de rencor o venganza, o que se faltase de indulgencia con los pecadores: “Perdonad, repetía a menudo con insistencia, perdonad todo, perdonad a todos, perdonad siempre, perdonad de todo corazón”.

Habiendo vivido por muchos años una gran unión de sentimientos con los Corazones de Jesús y de María, había asimilado con una rara perfección las virtudes de estos dos modelos admirables, a quienes se esforzaba continuamente seguir e imitar. La misericordiosa bondad de Jesús, la de María, su “buena Madre”, tan vivamente le habían impresionado que, para asemejarse a ellos, supo

⁹ La vida de víctima para la hora presente, o vida abreviada de la Reverenda Madre María Verónica del Corazón de Jesús. Con una introducción doctrina sobre la idea, estado y voto de víctima por M. Charles Sauvé SS. pp. VII-XXXVIII. Casterman-Tournai, 1905

dominar su carácter naturalmente vivo e impetuoso, de tal modo que no se le conoce por otro nombre que el de “le Bon Père André”.

Animado todavía más por el ejemplo del divino Redentor que no rechaza a ninguno, sea cuales fueren su pobreza, su miseria, el número de sus pecados; el P. Andrés se convirtió en el Padre de los débiles, de los necesitados, de los pecadores que siempre lo encontraban dispuesto a acogerlos, a escuchar las confidencias de sus taras físicas y morales, a consolarlos, a conducirlos al Corazón del Salvador bondadoso.

Escuchemos sus emocionantes palabras y el heroico sacrificio que supo imponerse para su salvación: “Daré todo por estas almas: mi tiempo, mis penas, mis gracias, mis oraciones, mis trabajos y sacrificios, me daré a mí mismo, por encima de todo. – Mi felicidad será vivir con los pecadores y por los pecadores a fin de llevarlos conmigo a la vida eterna.

El amor de Jesús y de María, la sed ardiente de las almas: esto fue toda la vida del P. Andrés. Pertener al Sagrado Corazón y a María, “buena Madre”, ofrecerse a ellos como víctima, de reparación, por la salvación de los hombres, he aquí el único objetivo de las aspiraciones inflamadas de su alma: “Oh, amable Jesús, yo me abandono humilde y totalmente con todo mi cuerpo, mi alma, mi corazón, mi voluntad y mi vida para cumplir los designios de vuestro Sagrado Corazón. Uno mis oraciones a vuestras plegarias, mis obras a vuestras obras, mi sacrificio a vuestro sacrificio y yo deseo llegar a ser, por vuestra gracia, cada día más, una víctima inmolada a vuestra gloria y por la salvación de las almas”.

Es difícil resumir en pocas líneas, la enseñanza, hermosa y luminosa, del P. Andrés sobre la caridad fraterna, el centro de su vida y que él se esforzaba incansablemente de hacerla reinar a su alrededor. Que su palabra y su ejemplo puedan ganar muchas almas y arrastrarlas a seguirlo en el camino de esta bella virtud, que solo ella será capaz de triunfar en este mundo nuestro egoísta de hoy. Es este espíritu de caridad el que hará del P. Andrés un apóstol poderoso y un gran bienhechor de la humanidad actual, de esta humanidad que recobrará el equilibrio, solamente cuando haya aprendido a colocar el amor del prójimo por delante de sus intereses materiales. El amor del prójimo, es decir el amor ardiente y apasionado de las almas, porque ellas son los solos valores reales de este mundo, los únicos que lo sobrevivirán.

X. EL FINAL DE UNA VIDA TODA APOSTÓLICA

En 1908, la Congregación de los Sacerdotes del Corazón de Jesús, fue dividida en dos Provincias. En septiembre del año anterior, el P. Andrés con sus novicios, franceses, holandeses y belgas, había abandonado Sittard para fundar en Manage-Meslin-le-Evêque (27 septiembre 1907) el noviciado que, poco más tarde se trasladará a Brugelette, en Bélgica, en septiembre de 1911, cuando la precedente división se duplica.

Será esta nueva casa noviciado, donde establecerá su residencia, al ser nombrado Provincial, llamado a aceptar este encargo por parte del P. General, que comprende Francia-Bélgica, Holanda, Italia, Luxemburgo, Congo, el 8 de abril de 1911.

Después de algunos días de la salida de Sittard -estamos en Manage-, dedicado a esta nueva y pobre casa, la vida del noviciado se reprende, tan ferviente, tan regular, tan puntual como en Sittard

El P. Andrés, con no muy buena salud, como siempre, en estos últimos años, no disminuye en nada sus austeridades y largas horas de oración¹⁰.

Desde que la separación de las Provincias fue un hecho cumplido, era preciso elegir un Provincial, cargo que recayó sobre el P. Andrés, hombre de confianza y de gobierno del P. Dehon. Inmediatamente fue descargado del cuidado de los novicios, pero fue para cargar sobre sus espaldas un fardo mayor, con el que iba a consumir sus escasas fuerzas.

Las casas de la nueva Provincia estaban diseminadas entre la costa de Holanda, el mar del Norte y el centro de Italia.

Y esto no fue todo. Años más tarde, el 13 de mayo 1913, a la muerte del P. Charcosset, el P. General le comunica que le ha nombrado Asistente general. El P. Andrés nunca traicionó la confianza que sus superiores habían depositado en él. Con su ardor habitual se consagró al nuevo servicio que se le acababa de conferir. No obstante se daba cuenta que sus fuerzas iban a menos y que la muerte no estaba lejos.

Entre los trabajos y preocupaciones que le llegaron necesariamente a continuación, por las funciones importantes, que debía desarrollar, el P. Andrés no perdió nunca de vista la conservación y el desarrollo del espíritu propio de la Congregación, y no menos que el cuidado de las almas que él dirigía. Fue un director espiritual muy estimado tanto en el mundo religioso y diocesano como entre los seglares. Desde su despacho en Sittard, desde el confesonario, en parroquias y capillas de comunidades religiosas.

Y por detrás de su figura, estaba la del propio P. Dehon que lo sostenía, apoyaba y dirigía, con mano firme, en la noche oscura de su alma, entre escrúpulos y dudas permanentes.

Durante muchos años fue el padre espiritual de un gran número de sus hermanos, cada uno de ellos sentía ser objeto de su paternal afecto. Hasta los últimos días de su vida dio retiros en las diferentes casas de la Congregación, así como en numerosos conventos de religiosas en Francia, Bélgica, Holanda y hasta Dinamarca, e Italia cuando vino como Provincial a Albino. Compartió con el P. Fundador los meses de renovación, diríamos hoy, para revitalizar el primer fervor de la fundación. No faltaron en su agenda tampoco ejercicios predicados a monjes, en las abadías de Bélgica sobre todo, como Madresous, teniendo como oyente al mismo Beato Dom Columba Marmión.

Aun cuando el viajar le causaba muchos problemas de salud y le eran causa de verdadera fatiga, nunca se echaba para atrás cuando el bien de las almas estaba en juego. Al contrario encontraba ocasión de nuevos sacrificios, moneda para ganar las almas. En el último viaje al Norte, él mismo se dio cuenta de que había exigido demasiado a sus débiles fuerzas: volvió destrozado. Estando tan cerca su casa, Brugelette, tuvo que detenerse en Bruselas, varias horas, para poder descansar y continuar viaje.

No obstante, su voluntad de hierro puesta al servicio de su celo, el olvido completo de sí mismo, le permitieron estar de pie durante varios meses aún, de agosto a noviembre.

Continuó participando en todos los ejercicios de la comunidad, dando regularmente sus conferencias a los religiosos. La última fue el 19 de noviembre; al domingo siguiente 23, se declara la neumonía que lo llevaría al sepulcro. Por la mañana, no puedo según era su costumbre,

¹⁰ En el lejano 1900, en los primeros meses del año, el P. Andrés cae gravemente enfermo. Se llama al P. Dehon, que se encontraba en Roma y se pone enseguida en viaje. La situación era grave, y el P. Fundador cree y piensa que su muerte sería dejar el Noviciado Sittard sin la guía sabia y fiel de su amigo y dirigido, a la vez que consejero y colaborador de primera hora y administrador sabio y prudente. Conociendo su fe y su obediencia le ruega que pida al Señor diez años de vida, como otros santos lo habían hecho, a través de la "Bonne Mère". No solo diez, trece... aunque le quedaran residuos de mala salud y cuidados que, de vez en cuando, necesitaba, En la correspondencia con Claire Baume aparece el tema frecuentemente.

permanecer de rodillas en la meditación y solo recogiendo todas sus fuerzas pudo llegar a celebrar la Misa, que sería la última de su vida.

Comió con la comunidad al mediodía pero el mal, al que su cuerpo debilitado oponía escasa resistencia, aumentaba de hora en hora. La mañana del día 25, a primera hora recibió el Viático. Por la noche decidieron velarlo. El enfermero habiéndose alejado por algunos momentos, desde su habitación al lado del enfermo oyó un ruido fuerte, como de una caída. Volviendo a toda prisa, encontró caído por tierra al P. Andrés que intentaba llegar al coro de la capilla, como lo había hecho años y años, antes de acostarse, para hacer su visita al Santísimo y dedicar, a veces horas, a la oración en soledad. Lo alzan con cuidado, lo llevan al lecho cuidadosamente donde ya no se levantó más. Acercándose la muerte a grandes pasos, se despierta a la comunidad que, rápidamente se reúne en torno al lecho del moribundo. Pocos minutos después, esta alma víctima, abandonaba sus vestiduras mortales, para encontrarse entre los brazos misericordiosos del Padre celeste...

El P. Andrés, no había buscado otra cosa en su vida que una unión cada vez más íntima con el Corazón de Jesús. ¿Quién puede poner en duda que, a su muerte, Jesús haya colmado todos los deseos de su fiel servidor?

“Yo mismo seré tu recompensa mayor”, le había manifestado el Señor, a través de un alma santa, casi al principio de su camino, como aparece en muchos sus escritos más íntimos.

Desde el 29 de noviembre 1913, víspera de su fiesta patronal, tan celebrada en los años de Sittard por novicios y seminaristas, los restos del inolvidable y querido difunto reposan en el panteón de una familia amiga, que se había trasladado cercana al P. Andrés para gozar de su compañía y dirección, en Mevergnies, cerca de Brugelette.

Una jornada de noviembre, gris, niebla alta, lluvia, lejos del sol y de la luz del Midi que tanto había recordado y sufrido, desde aquel lejano 1885.

En la fiesta de S. Andrés de 1936, sus restos fueron trasladados a Sittard, en Holanda, donde reposan ahora delante de la estatua de la Virgen, “sa Bonne Mère”, en una capilla construida por él mismo.¹¹

i

FELICES LOS QUE MUEREN EN EL SEÑOR PORQUE SUS OBRAS LOS ACOMPAÑAN!

Roma, 30 noviembre 2009
En la memoria de S. Andrés
Primer domingo de Adviento

¹¹ Con sorpresa de la Congregación de las Causas de los Santos, la Provincia Holandesa solicita el traslado de los restos del Siervo de Dios de Sittard a Asten, en octubre del 2004: Sorpresa por el cambio de una capilla a un cementerio para religiosos de de la Comunidad, con un futuro de no muchos años. Lettera della Postulazione 31.10.2005.

UNA COSECHA OLVIDADA EN LA CONGREGACIÓN

*Adentrarse en el mundo interior, en la formación teológica, en el ambiente de la espiritualidad victimal enraizada en la Escuela Francesa, vivida sobre todo en la primera mitad del siglo, XIX, entre religiosos, asociaciones laicas y el culto al Sagrado Corazón, en la vertiente religiosa y social alrededor de Paray-le-Monial, requiere todo un estudio pormenorizado, hasta ahora sólo realizado de conjunto por el P. Marcel Denis, en su obra *La spiritualité victimale en France*, hace años publicada en *Studia Dehoniana* 11, Roma, 1981.*

Es importante hacer notar que, el P. Andrés Prévot, nuestro gran maestro de novicios, desde 1886 a 1907, hunde sus raíces, particularmente en los escritos y experiencias de santa Gertrudis de la que él gusta llamarse hijo, mucho más que en la devoción parediana que se difunde por toda Europa promovida por la Compañía de Jesús y los monasterios de la Visitación, desde el manantial de Paray-le-Monial

Su primer contacto con el P. Dehon, llevado de la mano de la Madre Verónica, fundadora de la Congregación de las Religiosas del Sagrado Corazón (también conocidas como Religiosas Víctimas) le lleva a enviarle las pruebas de un pequeño volumen titulado: "Amor, paz y alegría", un mes dedicado a los amigos de santa Gertrudis cuyo número va creciendo día a día en la Iglesia y 'ayudar a algunos a entender y a gustar cada vez mejor, la bondad del Corazón de Jesús, para que estas almas de buena voluntad, sintiendo la ternura infinita que les atrae, se decidan a responder totalmente al deseo tan fuerte que El tiene de amarlos y ser amado y que, sin reserva alguna ni temor, se abandonen a El para siempre".

Fundamentalmente estaban de acuerdo. Le faltó tiempo al Fundador para nombrarlo maestro de novicios, y responsable del camino espiritual de sus hijos. Al final de la vida dada la resonancia que había tenido entre sus religiosos, dentro y fuera del noviciado, escribía humildemente: "es más Fundador que yo".

Hombre de Dios y para Dios en su amor, será nuestro Maestro de novicios hasta 1907 en Sittard y dos años más en Manage. Por decisión capitular colaborará con el P. Fundador en llevar a cabo el mes de renovación espiritual de las diversas comunidades del Instituto.

Después, el P. Dehon lo nombrará Provincial de la parte occidental de Europa y del Congo en 1909, y dos años después dividida esta Provincia en dos: él se encargará de la primera, Francobelga, y Holandesa, para nombrarlo en 1913, a la muerte del P. Charcosset, compañero como sacerdote secular en la escuela de la madre Verónica, con novicio y religioso en los primeros años de la Congregación, Asistente General de la Congregación.

Fallecido en 1913, le faltó tiempo al P. Dehon, amigo y director espiritual, para escribir su carta circular afirmando, lo que estaba en boca de todos: "ha muerto nuestro Santo", y animando a recoger todo cuanto pudiera ser válido para un futuro proceso de canonización y una biografía de primera mano, encargando de ello al

P. George Bertrand, que la escribirá después de la Primera Guerra Mundial en 1920, y que ha sido la base de toda una serie de hagiografías, artículos y de una escasa bibliografía –no conocemos lo escrito en holandés o alemán– sobre nuestro Nuestro Buen P. Andrés, hasta la clarificadora Positio

super Virtutibus, preparada por el P. Giuseppe Girardi scj en espera del juicio de los consultores teólogos de la Congregación de las Causas de los Santos, habiendo ya superado el de los consultores históricos, lo que le hace estar en lista de espera del último estudio por parte de los consultores teólogos: en el elenco se encuentra en el puesto 99(octubre 2008.)

*En 1946 aparece, en la editorial Casterman de Tournai-París, el libro « **La Charité chrétienne. Recueil des plus belles pensées du Père André Prévot** »*

Choisies par le R.P. J.Keup, des Prêtres du Sacré-Cœur, et précédées d'une étude sur la vie apostolique du Père André Prévot.

El autor¹² (1893-1951) es un religioso dehoniano luxemburgués que ha vivido dentro del entorno de la vida e influencia espiritual del P. Andrés, siendo maestro de novicios en Clairfontaine, durante cinco años (1929-1934) por lo que, lo que recoge en este libro, nos puede permitir adentrarnos sin ninguna dificultad en el pensamiento espiritual y acercarnos a su personalidad, “al otro Padre Andrés”, a la auténtica memoria desdibujada por tanto desconocimiento de causa y, la que yo llamo leyenda, alrededor de uno de los primeros discípulos del Padre Dehon, amigo y colaborador fiel, nuestro santo, como lo calificaba el P. Dehon, y el administrador sagaz, trabajador incansable y prudente, del que nos hemos olvidado casi siempre, acentuando el horizonte de la oración, mortificación y de las vías de alta espiritualidad en que vivía.

La presentación que yo pudiera hacer a este pequeño volumen es acercar la figura del Padre Andrés a nuestros religiosos de hoy. Leer sus cartas y escritos, algunos de sus libros, es realmente difícil, por no estar hoy en onda a nivel de lenguaje y de conocimientos de la espiritualidad del siglo XIX alrededor del culto y devoción al Sagrado Corazón.

El P. J. Keup, fallecido en 1951, nos ha dejado este trabajo que quisiera dar a conocer, especialmente a nuestros religiosos jóvenes, para que se sientan cercanos a esta personalidad dehoniana de los comienzos y del que todavía, como escribe el P. Ledure, se siente su influencia y no pequeña en la Congregación

El prólogo es de mucha actualidad, había pasado solo un año del final de la Segunda Guerra Mundial y la situación era tan compleja, por otros motivos, como la de nuestros días.

“El mundo, escribe muy acertadamente un autor moderno, espera en vano la salvación por parte de la política o de las finanzas; el espíritu cristiano y el apostolado de las almas son los únicos medios seguros y eficaces que podrán reconstruirlo y salvarlo”.

¿No estamos asistiendo de hecho desde hace diez, veinte años a tantos intentos de reforma? ¿No se nos han expuesto tantas veces también grandes proyectos de mejoramiento de las clases sociales?

¿Acaso no hemos oído preconizar medidas, soluciones maravillosas, prometiendo, con una convicción persuasiva, la prosperidad universal?

Pero, a pesar de tantos esfuerzos, la generalidad de los pueblos civilizados se debate en medio a una crisis tal que, aún los espíritus menos tímidos, no pueden menos que inquietarse.

¹² Keup Joannes Antonius. Nacido en Esweiler (Luxemburgo) 16.03.1893; Profesión Religiosa en Brugelette, 24.09.1920; Ordenación en Lovaina, 26.07. 1925; Fallecimiento en Saint-Vith, Bélgica, 06.11. 1951. Maestro de novicios en Clairfontaine, 1929-1934; Secretario General, 1934-1934; Consejero Provincial BI, 1937-1943; Superior en Howald, 1939.1941.
(Necrologio de la Congregación, p. 172. ed. 2003).

El contraste de esta impotencia en curar el mal de la sociedad es sorprendente y, más aún en nuestro siglo que se enorgullece, no sin motivo, de haber superado todos los demás por sus notables descubrimientos y los más sorprendentes progresos técnicos.

No obstante, para nosotros, católicos, lo que despierta sobre todo nuestra atención y ponen en alerta nuestras conciencias, es el constatar esta incertidumbre que crece, que oscurece las almas y las hunde en un desarrollo tan funesto tanto para ellas mismas cuanto para la humanidad entera.

Sorprendidas en su buena fe, decepcionadas en sus más hermosas esperanzas, descorazonadas por la caída de doctrinas tenidas por infalibles, desconcertadas de frente a los errores cometidos por hombres de talento y buena reputación, en fin, desencantados por la inútil esperanza de una felicidad perfecta, prometida tantas veces, o en su defecto, una vida calma y pacífica, ya no saben reprimir sus sentimientos de angustia y tampoco pueden negar sus crecientes inquietudes. También, cada vez más, se alzan por todas partes llamadas de auxilio. Se quiere saber a dónde se va, conocer el camino a seguir, se piden guías iluminados, cuyo paso seguro pueda conducirnos hacia los destinos hacia lo cuales hemos sido llamados.

“¡Señor, haz que yo vea!” ¡Este grito del nacido ciego, en el camino de Jericó, es el que alzan muchas almas, ¡atormentadas por la incertidumbre y la duda!

¿Quién les podrá responder? ¿Su grito, quedará sin eco, o es más, no habiendo captado plenamente la gravedad de la situación, seguiremos el ejemplo de los apóstoles, queriendo en el desierto despedir a los oyentes hambrientos, porque desconocen aún la misericordia poderosa de su Maestro y no saben cómo proveerse de tanto pan necesario satisfacer a la gente?

Dios nos libre de actuar nosotros lo mismo, dejando en la espera a las almas o abandonándolas en la desesperación.

Sursum corda! ¡Alzad la mirada, alzad los corazones!

Ya más de una vez, el mundo desamparado amenazaba de caer en una ruina segura, inevitable; pero Dios vigilaba, y envió siempre a la hora justa a quien debía traernos la salvación.

Nos basta el recordar la época de las persecuciones, de las herejías, de las guerras sanguinarias, los ataques contra la Iglesia y el papado. Ya entonces, a menudo, los espíritus temerosos preveían y anunciaban como algo seguro un desenlace fatal. En el momento señalado por la Providencia, aparecieron hombres que, por el ejemplo de su vida, por su palabra elocuente o su acción purificadora, por su oración y su vida austera supieron restablecer la calma, desarmar a militares orgullosos, hacer reinar la paz y conducir todo a su centro de equilibrio y estabilidad.

¿No fue esta acaso la misión providencial de un S. Benito, de un S. Bernardo, S. Francisco de Asís, S. Ignacio, o Santa Teresa o Santa Catalina de Sena y tantos otros, menos conocidos puede ser, pero cuya santidad fue la primera causa de las más grandes y duraderas victorias?

Sí, la santidad ha sido en todas las épocas una de las causas principales de la salvación de las almas y de los pueblos. Repasemos con relación a todo esto unas bellas páginas de un gran escritor de nuestros días:

“Alguien ha escrito que los santos hacen sacro nuestro mundo; yo añado que lo conservan. Son los verdaderos, los únicos salvaguardadores del mundo, que se ríe de ellos pero que solamente vive por ellos, como en el campo del padre de familia en el que la cizaña es conservada en consideración al buen grano que se esfuerza en ahogar.

A ellos es a quienes el Señor les ha dicho:”Vosotros sois la sal de la tierra”.

Delante de Él, los siglos no valen nada sino es en consideración de los santos que producen, y esto es talmente verdad que, la tierra no tendrá otra cosa que hacer que desaparecer el día que no tenga santos que ofrecer para el cielo. A ellos también el Señor les ha dicho:”Vosotros sois la luz del

mundo”. Sólo ellos son el progreso, porque ellos solos hacen avanzar los caminos del bien. Ellos caminan, los otros yerran; sólo ellos construyen, en el sentido amplio de la palabra, los otros derriban; aquí, abajo, solo ellos son los obreros de la viña, los otros, más o menos son los artesanos de la muerte.

El amor puro, la plegaria, el ejemplo, el sacrificio, del que son representación persistente, oponen perpetuamente a los crímenes cometidos diariamente una reparación, una protesta, un canto de amor hacia el cielo. –“¿Qué sucedería en el mundo si no tuviese en cuenta a los religiosos? Preguntaba el Señor a Santa Teresa.

Y cuando S. Gregorio, Papa, calculaba cuáles eran las últimas posibilidades de salvación de Roma y el Imperio, ante la acometida de los bárbaros, contaba las almas consagradas a Dios que la ciudad poseía para su defensa”.

Este pensamiento nos ha inspirado nuestro trabajo que presentamos, con este objetivo:

Presentar a nuestra generación, atormentada por la incertidumbre y la duda, ignorando el verdadero valor de la vida, apartada por los falsos principios del materialismo, un hombre de nuestra época”, un “santo”, que por sus enseñanzas doctrinales, por sus virtudes religiosas y sociales, por la ejemplaridad de su vida y su entrega sin límites, indique a los hombres de nuestro tiempo, tan diversamente inspirados y agitados, un programa seguro y fácil de seguir, que es la puesta en práctica del gran mandamiento de Cristo:”Amarás a Dios con todo tu corazón y a tu prójimo como a ti mismo”.

Un amor ardiente, una caridad sin límites a Dios y a los hombres, que es la nota dominante de la vida del P. Andrés Prévot, religioso de la Congregación de los Sacerdotes del Corazón de Jesús. Él mismo se manifestaba originariamente a este respecto, con una frase que le era familiar: “Siempre y en todo haré desbordar la medida de la caridad”.

Que esta caridad, que el P. Andrés nos enseña y que practica heroicamente durante toda su vida, como lo veremos a través de esta obra, nos ayude a fortalecer a las almas, a enseñarles que el verdadero camino de la salvación y la sola senda de la perfecta dicha, son la inviolable fidelidad a Dios y el amor desinteresado a los hombres, amor comprometido que se hace todo a todos, que sabe olvidarse de sí mismo por el prójimo y no se echa para atrás ante ningún sacrificio para salvar las almas y llevarlas a Dios, único manantial de paz y alegría.

LOS MAS HERMOSOS PENSAMIENTOS DEL PADRE ANDRÉS SOBRE LA CARIDAD CRISTIANA

I. EL AMOR REALIZA TODAS NUESTRAS ESPERANZAS CRISTIANAS

La caridad o el amor, es el principal don del Espíritu Santo: contiene todos los demás.

El amor *es vuestro fin*: es el fin de todas las criaturas, porque todas se dirigen por un amor natural hacia el Soberano Bien, que es su principio y fin.

Es, sobre todo, el fin de la criatura razonable, que siente que ha sido hecha para vivir de amor y no encuentra más que en el amor su centro y su reposo.

“Vuestro corazón está hecho para amar a Dios, y estará inquieto hasta que repose en su amor”, decía S. Agustín.

El amor es la realización de *todos los fines particulares* que os podéis proponer en vuestro camino espiritual.

Es desde luego vuestra *santificación*, vuestra perfección.

Hay tres maneras de servir a Dios: el temor que conviene a los esclavos, el interés que conviene a los mercenarios y el amor que conviene a los hijos de casa.

Vosotros sois los hijos de Dios: tened, pues, para Él sentimientos de hijos, servidle como se sirve a un Padre: puramente por amor.

Sigue el *trunfo* de los intereses de Dios.

Si verdaderamente y de corazón tenéis vuestros intereses, si queréis ser Reparadores del Corazón de Jesús, *Apóstol* y *Víctima* de este Corazón divino, es necesario el amor, puesto que todas sus obras son obras de su amor, y que sólo el amor puede realizar.

En fin, es el *medio* más eficaz para salvar las almas.

Si queréis servir a las almas eficazmente trabajando para su salvación es preciso aportar a esta obra un corazón inflamado de amor. El Señor pedía a Pedro, el futuro pescador de hombres, un triple juramento de amor, antes de enviarlo como primera cabeza a la conquista de las almas:” ¿Me amas?”... ¿Me amas más que estos?”, como si quisiera decir: cuanto más me ames, más te empeñarás por la Iglesia, y si sobresaes en el amor también sobresaldrás en el celo apostólico. Sí, salvar las almas, es esencialmente obra del amor, y sólo el amor puede conseguirlo.

II. CRISTO, PRINCIPIO DE NUESTRA CARIDAD.

Es Jesús quien es el principio del amor al prójimo, a causa del amor íntimo que, en su cuerpo místico, une a la cabeza y a los miembros. No podemos, pues, amar a Jesús sin amar a los que Él ama, a quienes llama sus amigos, sus hermanos y sus hijos queridos.

Todo ser animado ama a su semejante. La similitud es la causa y el efecto del amor al prójimo. Y por tanto, nuestro hermano en humanidad, nos es semejante porque nosotros tenemos:

1°. *Un mismo Padre*, que es todo en todos: “*Per omnia et in omnibus*”. Y este Padre nos comunica a todos su vida, su luz, su Verbo, su Espíritu y su amor.

2°. *Una misma Cabeza*: Jesucristo. Nosotros somos los miembros de un mismo cuerpo cuya Cabeza es Cristo.

Para hacérselo comprender, Cristo nos ha dado el gran mandamiento de la Caridad, solamente después de habernos dado su Corazón en el Sacramento de su amor.

Es como si hubiera querido decirnos: He venido a vosotros y vosotros sois una sola cosa conmigo: permaneced en Mí y “amaos los unos a los otros como yo os he amado”.

Esto es, el deseo de mi Corazón y mi mandamiento, son la señal de mi vida en vosotros y para el mundo, la señal también que os mostrará al mundo como mis discípulos. Es el término de las obras que hago por vosotros, de los sacramentos que he instituido para vosotros, de la Pasión que he sufrido por vosotros. Es la finalidad de mi Ascensión al cielo, a donde *he* ido a prepararos un puesto, de Pentecostés cuando haré descender sobre vosotros mi Espíritu de amor.

Sed, pues, uno conmigo y entre vosotros, por amor, *sint unum*.

Como miembros de cuerpo místico de Cristo no podéis, pues, desentenderos del bien de vuestros hermanos. Si fueran simplemente hombres o vuestros amigos mismos podríais tener motivos para olvidarlos, para no hacerles el bien, para no amarlos pero, puesto que sois miembros del mismo cuerpo es imposible separar vuestros intereses de los suyos.

¿Los miembros de un mismo cuerpo podrían soñar en separarse de su carne o dissociarse los unos de los otros? Semejante suposición sería una insensatez. O ¿es que Jesús, viniendo a nosotros y permaneciendo por la santa Comunión, ¿no nos une tan íntimamente con Él y entre nosotros mismos, para que no podamos separarnos ya nunca más?

“*Quod ergo conjunxit, homo non separat*”. ¡Qué el hombre tenga mucho cuidado de separar a los que Dios ha unido!

Esforzaos, pues, de olvidaros de vosotros mismos para poder daros sin reserva al bien de vuestros hermanos. Tened siempre, principalmente, el deseo de una unión perfecta entre vosotros y evitad cuidadosamente todo lo que podría sembrar la discordia. Por lo cual, si es preciso, no dudéis en sacrificar vuestras ideas, gustos, prejuicios, vuestra voluntad, y sobre todo, el amor propio. Solamente a este precio el Señor os reconocerá como uno de los suyos.

3°. *Un mismo espíritu* nos anima y este espíritu: es la caridad misericordiosa de Dios que se ha derramado en nuestros corazones, puesto que el Espíritu Santo es el amor personificado del Padre y del Hijo, el principio por así decir de la unión entre ellos y el medio de su unión con los hombres.

No debe, entonces, haber entre nosotros, como entre las personas de la Santísima Trinidad, mas que un solo sentimiento de amor y unión, como vosotros y yo” somos uno”.

No aflijáis al Espíritu de amor con vuestros resentimientos, con vuestras palabras contrarias al amor fraterno, por vuestro comportamiento, que crean la división, la oposición, la contradicción: “*Nolite contristare Spiritum Sanctum*”. Él es el consolador por excelencia: dejadlo consolar en vosotros mismos, consolaros, y consolar por medio vuestro a todos vuestros hermanos, desbordando vuestros pensamientos, palabras y acciones de esta caridad que produce la alegría y la paz entre todos.

4º. *Un mismo fin* nos espera: el Cielo en el que nuestra Cabeza nos atrae para comunicarnos su gloria, su felicidad, su amor. Ayudémonos mutuamente a caminar unidos hacia este fin maravilloso: animémonos, defendámonos contra los enemigos que querrán cortarnos la carretera, démonos la mano: la unión será nuestra fuerza para lograr el fin, la caridad nos salvará a nosotros y a nuestros hermanos.

III. EL MAYOR DE LOS MANDAMIENTOS

Un Doctor de la ley, un día preguntó a Jesús:

-“Maestro, ¿cuál es el mayor mandamiento de la ley?

Y Jesús le responde:

-“Éste: Amarás al Señor tu Dios, con todo el corazón, con todo tu mente, con toda tu alma y todas tus fuerzas; y el segundo es igual al primero: Amarás al prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos se resume la ley entera”.

El amor de Dios

Es el más grande de los mandamientos porque incluye a los demás; el que ama a Dios cumple necesariamente la voluntad divina y cumple toda la ley. - Para que vuestro corazón sienta cuánto es grande y fuerte el mandamiento del amor, medita, desde las mismas palabras del precepto evangélico, los títulos de Dios para recibir vuestro amor.

“Amarás al Señor, tu Dios”, a quien debéis el ser y la vida y de quien esperáis todo; el que es vuestro Padre, vuestro Redentor, quien os ama tiernamente, que ha derramado toda su sangre en la Cruz por vosotros, que se ha dado Él mismo, todo a todos, en la santa Comunión y que, a su vez, os pide vuestro amor, del que tiene sed y quiere estar con vosotros por toda la eternidad.

Jesús os pide además observar este mandamiento con ánimo generoso: *ex todo corde tuo*”.

Los términos del precepto son formales: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser, con toda el alma, con todas tus fuerza”.

Con todo el corazón: rechazando de vuestro corazón el amor del mundo y sobre todo el amor propio. Amad las criaturas, cierto, pero solamente en Dios y para Dios; estad dispuesto a arrancar de vuestro corazón, como decía S. Francisco de Sales, toda fibra que no palpita de amor por Dios.

Con toda tu mente: aplicando vuestro espíritu a conocer cada vez mejor las infinitas perfecciones de Dios. Cuanto más vuestro espíritu avance en esta ciencia del conocimiento de Dios tanto más vuestro corazón progresará en su amor. ¡Por desgracia, si Dios no es amado es porque no es conocido!

Con toda tu alma: consagrando a Dios todas las facultades de vuestra alma y empleándolas en su único servicio. Estas facultades las habéis recibido de Dios, dadlas por tanto a Él sin división ni reservas. Haz brillar tu alma, creada a imagen suya, le pertenece: es preciso que, ni una de sus facultades, ni uno de sus movimientos sean *para* otro que no sea Él.

Con todas sus fuerzas: mirando siempre la gloria y el amor de Dios, en todo lo que hacéis, aun las acciones más pequeñas y más comunes. No os perdonéis ni trabajo ni sufrimiento por procurar la gloria de Dios: ofrecedle como perpetuo homenaje, vuestro tiempo, vuestros talentos, vuestra salud. Sentíos felices de poder gastar vuestras fuerzas en su servicio.

El amor al prójimo

“Amarás al prójimo como a ti mismo”

Este mandamiento es tan grande y *principal* como el primero porque es semejante a él. Dios habiendo hecho a vuestros hermanos “un uno con Él” por amor, *ut et ipsi in nobis unum sint* quiere que lo améis en ellos con todo vuestro corazón, de forma que el amor de Dios y el del prójimo no sean más que un solo y mismo amor.

Considerad, de antemano, los títulos del prójimo para ser amado.

Si Dios es *vuestro Padre*, el prójimo es su hijo y por tanto vuestro hermano, partícipe como vosotros de la naturaleza divina, *divinae consortes naturae*.

Si Dios debe ser *vuestro Remunerador*, Él llama al prójimo a la misma felicidad que a vosotros, a la felicidad misma de Dios, y el Espíritu Santo que os unirá eternamente en la gloria con Dios y sus elegidos, os une ya desde ahora con ellos en la gracia.

Si vuestro espíritu se compenetra plenamente de estos títulos que el prójimo tiene para vuestro amor, no es posible que vuestro corazón no se sienta llamado a amarlo.

Si, habitualmente, consideráis en vuestros hermanos los hijos de vuestro Padre celestial, hermanos y representantes de Jesucristo que mira, como hecho a Él mismo lo que les hacéis, miembros en fin del mismo cuerpo que vosotros, con quienes tenéis la más estricta comunidad de esperanza y de fe, de intereses y de vida, los amaréis necesariamente con un gran amor y de todo corazón.

Aplicad ahora a este amor del prójimo las mismas cualidades que al amor de Dios, es decir: amadle como a Dios.

Con todo el corazón: pase lo que pase, nunca le cerréis el corazón; non conservéis nunca algún germen de acritud o resentimiento contra él; sino abridle vuestro corazón de par en par, deseándole y haciéndole todo el bien posible.

Con toda tu mente: no aceptando voluntariamente ningún pensamiento fastidioso o de resentimiento contra él, evitando todo juicio temerario, toda sospecha contraria a la caridad. De este modo habréis realizado un progreso inmenso en el amor al prójimo.

Con toda vuestra alma: poned todas vuestras facultades a su servicio, colmad vuestra inteligencia y vuestra memoria de conocimientos útiles para él. De un modo particular, vuestra imaginación y sensibilidad, que son las facultades por las que en este siglo, el demonio lleva a la perdición a la

mayor parte de las almas, y que vosotros debéis consagrar al servicio del prójimo; de esta forma, a través de ellas, puede ser cooperaréis más a la salvación de vuestros hermanos.

En fin, con todas vuestras fuerzas: en cuanto sea posible, prodigaos, ayudad a vuestro prójimo por la oración, por la vida de reparación, por el trabajo. Es así, especialmente, como verificaréis las palabras del Evangelio: “El amor del prójimo es más grande que todo los sacrificios”(Mc 12,33), es decir que una vida consumida al servicio del prójimo será para vosotros el más grande y perfecto de todos los sacrificios, el que valdrá más que todos los otros para la santificación de vuestra alma, para la gloria de Dios y el bien de vuestros hermanos.

IV. LA UNIÓN DE CORAZONES

El momento supremo de la vida redentora de Jesús se acerca. Faltan algunas horas y Él será elevado de la tierra y ofrecerá, desde lo alto de la cruz, su vida por la salvación de la humanidad culpable.

¿Qué sucederá a los suyos cuando los haya abandonado?... ¡Los conocía muy bien!...

Sabía sus debilidades, su inconstancia, su ambición por las preocupaciones terrenas...

-¡Qué va a pasarles cuando se encuentren solos... sin Él?

Este pensamiento angustia su Corazón amoroso... levantándose de la mesa donde acabada de inaugurar el memorial del amor por los hombres, exhorta encarecidamente a sus discípulos a que no lo abandonen: “Hijos míos, ya poco tiempo voy a estar con vosotros” pero antes de dejaros: “Os doy un mandamiento nuevo que os améis los unos a los otros... en esto conocerán todos que sois mis discípulos”(Jn 13,23 ss).

En este momento supremo Jesús siente, de algún modo, que su Corazón desborda de ternura y no puede contener este fuego de amor que lo consume. Es también amor que pide una respuesta; es por este amor sagrado que desea estar unido a ellos, a pesar de su ausencia corporal: “Permaneced en mi amor”.

“Os he amado, como mi Padre me ha amado, con el amor más tierno y eficaz, pues lo mismo que mi Padre me ha amado hasta comunicarme su divinidad y su poder, también yo os he amado hasta elevaros a una íntima unión conmigo y trataros como a los amigos más entrañables. Responded a mi amor con el vuestro, permaneced, perseverad en mi amor, como permanezco en el amor de mi Padre”.

La unión de espíritus y corazones, la unión de todos en una misma caridad, he aquí el don supremo que en esta hora solemne, Jesús pide a su Padre celestial, para sus apóstoles, para sus discípulos, para todos cuantos creerán en Él: *Ut sint unum!*

Para realizar esta unión que Jesús os recomienda con tanta insistencia, sed fieles en observar algunos preceptos:

1. *No dejéis pasar un día sin practicar en serio obras de caridad.*

a) Mostraos dulces y amables con el prójimo, que vuestras palabras sean calmas y acogedoras, vuestro rostro sereno y amigable; que todo en vuestro modo de obrar respire simplicidad y sana

alegría. Evitad de hacerlos ver apesadumbrado, triste o amargado. Sobre todo no busquéis nunca disputar con nadie, no repliquéis con cabezonería, no os dirijáis nunca a nadie palabras duras y penosas, no hiráis nunca a alguno.

Esta conducta de caridad fraterna, no debéis nunca abandonarla por ningún motivo, por ninguna causa, circunstancia no por nadie, al contrario, aun cuando el mundo pareciera venirse abajo, es necesario perseverar en vuestra afabilidad y serenidad habituales.

d) Hacedos todo a todos. Ceded, por ejemplo, a menos que los derechos de la conciencia estén en juego, a quienes están montados en cólera, o se obstinan en sus sentimientos; escuchad con simpatía a quienes os hablan de sus dificultades o se encuentran tristes; felicidad, sin envidia, a quienes les sobreviene alguna alegría; sabed escuchar pacientemente a los charlatanes.

c) Reprimed o corregid con caridad y dulzura las faltas de vuestros inferiores.

d) Aceptad la opinión y la voluntad de los otros en todas las circunstancias y encuentros en los que la conciencia os lo permita, por ejemplo, para un trabajo, una recreación.

2. Soportad las debilidades del prójimo con paciencia y caridad.

a) Conservad siempre un corazón acogedor y mostrad un rostro afable a todas las personas, sean quienes fueren, aun a aquellas que se manifiestan orgullosas, ingratas, pesadas, testarudas, falsas, críticas.

b) No contribuyáis a falsas sospechas, juicios desfavorables, no salgan de vuestra boca palabras desventajosas contra nadie.

c) Aceptad frecuentar personas de un carácter difícil, de desigual humor; no busquéis pretextos para alejaros de ellas, al contrario, buscad la ocasión de hacerles algún favor y poned en ello vuestro celo caritativo.

3. No dejéis pasar la ocasión de hacer al prójimo algún bien.

a) Decid siempre que sí cuando os pidan un favor; buscad siempre la ocasión de poder hacer un servicio y realizadlo con alegría.

b) Cumplid todo cuanto os reclama el deber: trabajos, cargos, distracciones, etc... en espíritu de caridad para con todos.

c) Tened una compasión sincera por los enfermos, afligidos; visitadlos, consoladlos, ayudadlos a llevar su cruz.

4. Devolved siempre bien por mal.

a) Sufrid en silencio y con dulzura todo entuerto cualquiera que sea. Mirad siempre con rostro sereno a quienes os hacen sufrir o hieren; habladles con bondad y amistad, sin mostrarles nunca ni cólera ni amargura ni fastidio. No os quejéis a nadie de ellos, ni murmuréis en su contra, ni manifestéis una tristeza aparente, sino que cualquiera que haya sido el agravio, sepultadlo en un olvido eterno.

No perdáis nunca la caridad y la acogida interior hacia quienes os han hecho un mal, y si en vuestro corazón probáis contra ellos alguna cólera o resentimiento, esforzaos en superarlo y haced, en cambio, numerosos actos interiores de caridad.

b) Intentad ser serviciales con los que os han afligido o herido y, si no podéis encontrar la ocasión, rogad al menos por ellos y haced por ellos y a su intención, alguna obra de penitencia.

c) Finalmente, tened un corazón dispuesto siempre a compadecer los sufrimientos de los demás, labios siempre dispuestos a decir palabras de consuelo y ánimo, manos siempre dispuestas a arrancar delicadamente las espinas y a vendar las magulladuras de las heridas de la vida.

V. EL SIGNO DISTINTIVO

Antes de ascender al Padre, ha reunido por última vez a sus Apóstoles junto a Él.

-“Hijos míos queridos, les dice con una voz que revela todo el afecto que les tiene, me queda poco tiempo de permanecer con vosotros. Al dejaros, os doy un mandamiento nuevo: Amaos los unos a los otros, como Yo os he amado. Por esta señal el mundo conocerá que sois mis discípulos”.

Lejos de toda preocupación material, en este supremo momento, Jesús no piensa sino en el espíritu de unión y de fraternidad que debe animar a los suyos cuando Él yano esté a su lado. – “Amaos los unos a los otros como yo os he amado”-. Es el deseo de mi Corazón y mi mandato, es el signo de mi vida en vosotros, y para el mundo será la señal que os distinguirá como discípulos míos”-; es el objetivo de las obras que he realizado por vosotros, de la Pasión que he sufrido por vosotros; es el día de mi Ascensión al Cielo a donde voy a prepararos un sitio y, donde en Pentecostés os enviaré el Espíritu de amor.

El amor, el amor recíproco que une a los al Salvador y entre ellos, he aquí la última voluntad, el último y supremo mandato que Jesús ha dejado a sus apóstoles y por medio de ellos a la humanidad entera.

Pero, ¿cuál deben ser la fuerza y amplitud de este amor que el Maestro pide a todos indistintamente?

Escuchad su respuesta: *Exemplum dedit vobis,*” Os he dado el ejemplo para que hagáis lo mismo que yo he hecho”.

Para seguir a Jesús y conformarnos a su mandato, es necesario hacernos semejantes a Él según la ley de la amistad y del amor. No bastará, pues, amar a la manera de la gente del mundo que, fríos e indiferentes, en general, están llenos de atenciones y prevenciones con las personas cuyo crédito e influencia les pueden ser útiles, con aquellas con las que evidencian una gran conformidad de carácter o que se sienten cautivadas por ciertos atractivos exteriores. En este amor no hay ni sombra de caridad, sino solo egoísmo, interés, y aun cercanía sensual.

Despreciad ilusiones tan groseras y afirmaos en la verdadera caridad, la caridad sobrenatural; esforzaos de progresar en ella día a día. Será la que os hará ver en los hermanos a Jesucristo, sin que tengáis preferencias por unos u otros, sino por los que os inspiren antipatía natural, o por aquellos cuyo ejemplo os lleva mejor al bien y al fervor.

Para hacer que vuestra caridad sea perfecta. Imitad a Jesús que se ha hecho el servidor de todos, haciendo el bien a todos indistintamente. Preguntaos a menudo, para ver si vuestra caridad es activa

como la suya. Se traduce por sus efectos, por la diligencia y constancia puestas en ayudar a vuestros hermanos, en aliviarlos y consolarlos en la medida que os sea posible. ¿Es solícita, atenta para con sus necesidades y sufrimientos?

O, al contrario, ¿vuestros servicios son el precio de humillantes peticiones? ¿No sois de los que, viendo un hermano en dificultades, a causa de un aumento de necesidad o de fatiga, os contentáis de lamentar su mala suerte si os veis obligados a echar una mano, y lo hacéis de mala gana?

¡Ah! Si vuestra fe fuera más viva, vuestra caridad sería más perfecta; iríais por delante de las ocasiones de consolar a vuestros hermanos y soñaríais constantemente con la palabra de Jesucristo, para no olvidar que es a Él con quien os empeñáis, empeñándoos con vuestro prójimo.

En fin, debéis imitar a Jesús que ha entregado la última gota de su sangre por nosotros.

Como el Salvador, sabed sacrificar vuestro reposo, salud y, si es necesario, vuestra misma vida por los hermanos. Sabed, sobre todo, hacer los pequeños sacrificios que pide constantemente el soportarse mutuamente en los distintos aspectos.

Aguantad pacientemente los defectos de vuestros hermanos, y aun buscad el excusarlo en cuanto sea posible; sabed perdonar, y mejor, olvidad los errores que os hayan hecho, excusándolos, atribuyéndolos no a la mala voluntad, a la mala intención, sino a la ligereza, a la vivacidad, etc. Que se no se os oiga nunca decir: “Me alejo de fulano de tal porque no quiero perder la paciencia, porque no puedo simpatizar con él”. Esto no es el apoyo mutuo; hablar así puede ser, acaso de la gente del mundo, pero es bien cierto que no es el de la caridad.

En fin, procurad no dar nada que tengan que soportar los otros y, por esto, sacrificad todo lo que pudiera darles alguna pena. A este efecto, es preciso saberos dominar, suavizar vuestro carácter, ablandar vuestras asperezas, haceros todo a todos. ¿Os dais cuenta que tal modo de ser o de obrar desagrada? Aprended a modificarla.

¿Vuestras bromas hieren ciertas susceptibilidades? Absteneos de ella. ¿Algunos días, a causa de sufrimientos corporales, os dejáis llevar por la impaciencia, por el mal humor?

Reflexionad mucho más, evitando el hacer soportar a los otros, las consecuencias de vuestro malestar.

Finalmente, aprended a sacrificar *vuestros gustos* a los de vuestros hermanos, -*vuestra voluntad propia* para ir de acuerdo con los deseos de los demás siempre que vuestra conciencia no se oponga, - *vuestro tiempo*, para emplearlo en su servicio, -*vuestros gustos* para plegaros a sus preferencias y darles una satisfacción.

Haciendo todo esto, vuestro corazón se ensanchará, os olvidaréis de vosotros mismos y amaréis a vuestros hermanos como Jesús los ha amado, siguiendo como Él nos manda, su ejemplo.

VI. CARIDAD SIN MEDIDA

Jesús ha dado todo por nosotros, hasta la última gota de su sangre. *In finem dilexit eos!*

Nos amó hasta el límite extremo de su amor.

¿Y nosotros? ¿Hasta dónde debe llegar nuestro amor a nuestros hermanos?

Si no tenéis el coraje para morir por vuestros hermanos, a ejemplo del Salvador como lo hacen tantos hombres de entrega y sacrificio, tantos apóstoles y misioneros, sabed al menos, por ellos, hacer morir vuestra mala naturaleza, mortificar vuestra lengua, vuestra susceptibilidad, vuestro

amor propio; encontraréis en la práctica de la renuncia diaria un aumento de verdadera vida para vuestras almas.

No tengáis para todos vuestros hermanos otra cosa otra cosa benevolencia, afecto, entrega sincera; no guardéis contra quienes hayan podido ofenderos ningún germen de aspereza o resentimiento. “Que el sol no se oculte sobre vuestra cólera”, sino más bien, antes de ir a reposar, id a reconciliaros.

Almas piadosas, tened una caridad a la medida de Cristo, sin límites.

Puesto que sabéis bien que, Él será infinitamente más liberal con vosotros y no se deja vencer en generosidad por su pequeña criatura, mostraos liberales y generosos en su servicio, esforzaos en practicar la caridad con un corazón largamente dilatado.

Seguid a la letra estas palabras que sirven de regla a las almas generosas:

Hacer desbordar la medida de la caridad.

Un pobre os pide limosna: añadid una buena palabra y una mirada llena de afecto.

Un hermano os pide una ayuda durante unos minutos: duplicad el tiempo de darle una mano, para hacerle ver la alegría de poderle ser útil.

Se os pide un permiso, un favor o una gracia: concediéndola, haced ver que estáis contentos de darle gusto.

Cuando se os pide un consejo, una consolación, una instrucción, un perdón puede ser: responded siempre de un modo, tan animador y bondadoso, que se tenga ganas de recurrir a vosotros de nuevo.

Sobre todo, si alguien os ha hecho sufrir, está a mal con vosotros, siente antipatía o prevenciones: haced desbordar, hasta que os hayáis ganado su corazón, la medida de la caridad fraterna.

Para reparar el mal que hayáis podido hacer precedentemente a vuestros hermanos y para ayudar a la gran obra de la renovación social, dedicaos a las obras de misericordia, tanto corporales como espirituales. Es por la caridad, sobre todo, que se podrá realizar la transformación del mundo. La caridad alcanzará el corazón de los pobres, de los pequeños, de los que sufren y, si los que tienen más, ponen su bienestar en consolar a sus hermanos, el orden social que la envidia, el odio, la división tienden a destruir, pronto será restaurado entre nosotros.

Procurad, pues, en toda ocasión repetiros:

Es necesario hacer desbordar la medida de la caridad, y sobre todo, de poner esta regla en práctica.

Si alguien me pide un servicio, si un alma tiene necesidad de ayuda, diré prontamente:

Es necesario hacer desbordar la medida de la caridad.

Si al amor propio dice: hay que defender los propios derechos, responderé: es necesario hacer desbordar la medida de la caridad.

Si la pereza me sugiere: debo cuidar de mi descanso, responderé: es necesario hacer desbordar la medida de la caridad.

Si la prudencia de la carne pretende que no es necesario prodigarse para no disminuir su valor, responderé: es necesario hacer desbordar la medida de la caridad.

Si me encuentro molesto, trastornado, cansado. Responderé: es necesario hacer desbordar la medida de la caridad.

Después, a mi vez, cuando tenga necesidad de una ayuda, de un consejo, de una corrección, de una consolación interior, para mí mismo o para mis hermanos, iré a Jesús y le diré: “Maestro bueno, habéis prometido devolvernos en la misma medida: es necesario devolvernos en la misma medida, tú también, la medida de la caridad.

Sí, haced esto, y entonces podréis ver la liberalidad divina del Salvador, la generosidad sin límites de su Corazón; probaréis, con la más dulce de las experiencias, cuanto se gana con Él al dar sin medida.

Recibiendo la superabundancia de gracias, consolaciones, paz que Él derramará en vosotros, vuestro corazón admirará y se dilatará para poder contener los dones del Señor y exultaréis de alegría en medio de las tristezas del exilio.

VII. LA BONDAD

La Bondad, fruto del Espíritu Santo, consiste en decir y hacer el bien de tal forma que este Bien viene del Corazón. La Bondad, es la benevolencia que produce la beneficencia: *quiere* el bien de todos, *habla* bien de todos, *hace el bien* a todos.

Ha sido uno de los caracteres del Salvador que, ungido por Espíritu Santo, pasó haciendo el bien. Pasáis por el exilio de esta tierra para ir al Cielo, pasad sembrando por todas partes el bien, del que recogeréis del Alto sus frutos; pasáis en medio de los hombres que se encuentran en el sufrimiento o necesidad, pasad haciendo el bien a todos para ayudarlos a ir con vosotros al cielo, donde se encuentra el conjunto de todos los bienes y para siempre.

La bondad comporta tres grados: la bondad *del amigo*, que vive con placer en compañía de su semejantes y participa con gusto lo que él posee con ellos; bondad *del apóstol* que acepta todos los trabajos, fatigas, luchas con entrega, celo, generosidad, por el bien y la salvación de sus hermanos; bondad *de la víctima* que sacrifica todo, hasta la vida, por la salvación de la almas como lo hizo S. Pablo, el modelo de los apóstoles del Nuevo Testamento.

Sed *amigos* de todos y, puesto que la amistad es la benevolencia que lleva a la comunión de bienes, disfrutad en comunicar vuestros bienes a vuestros hermanos tanto de orden espiritual como corporal. Bienes temporales: los talentos que Dios os ha dado, las riquezas materiales que la Providencia os ha deparado, los servicios que podéis hacer a otros. Bienes espirituales, sobre todo: vuestras gracias, méritos, *buenos* sentimientos, vuestras esperanzas inmortales. Procurad que haya siempre intercambio de bienes entre vosotros y el prójimo, como también de buenos ejemplos.

Sed *apóstoles* entre vuestros hermanos. Apóstoles por vuestro celo, siendo ejemplares sobre todo. Por ello, cuánto aumentaréis vuestros bienes y cómo crecerá vuestra bondad:

contaréis en vuestro activo no solamente todo el bien realizado por vosotros mismos, sino también el que harán vuestros hermanos a consecuencia de vuestras palabras, ejemplos, oraciones y, aún más, no solo el bien que harán ellos mismos sino todo el harán hacer a otros, y estos últimos a otros a continuación, y así durante siglos pudiera ser...

Desead *ser víctimas* por vuestros hermanos. Es el último grado de bondad, su última palabra heroica. Es porque Jesús ha sido bueno por lo que ha podido Él mismo llamarse Buen Pastor. El Buen Pastor da la vida por sus ovejas. Es por lo que S. Pablo, el gran apóstol, ha imitado esta bondad, que ha podido decir que son el último grito de la alegría, de la exaltación, del santo entusiasmo de la bondad: “Si yo soy víctima para consolidar vuestra fe y asegurar vuestra salvación, me alegro y me felicito y también vosotros: alegraos conmigo y felicitadme”. ¡Ojalá que una tal bondad pueda a llegar a ser la nuestra! Y una tal alegría alegrar nuestro corazón y el nuestros hermanos en el Corazón de Jesús.

En fin, que en todas vuestras relaciones con el prójimo, se puedan encontrar estas tres cosas: una acogida benevolente, un testimonio de simpatía, una buena palabra de ánimo.

Y Jesús, devolviéndoos la misma medida, os acogerá siempre con benevolencia, os hará dignos de su simpatía, os dirá a menudo al corazón palabras tan buenas, que una sola bastará para curar, alegrar, consolar, animar y santificar.

No olvidéis, sobre todo, con una buena palabra el bien que queréis hacer, pues el Espíritu Santo nos lo dice: la bondad de la palabra vale más que la bondad del don para ganarse el corazón del hombre. Así pues, es necesario ganarlos a todos para darlos a Jesucristo.

Roguemos a la Bondad infinita, difusora de ella misma, *-Bonum sui diffusivum-*, de hacernos buenos a nosotros mismos a su imagen y para su gloria. Tengamos los mismos *sentimientos* de benevolencia *de* Dios con respecto a todos nuestros hermanos que son sus hijos, los sentimientos del Corazón de Jesús, encarnación de la bondad y magnanimidad de Dios: *hoc sentite in vobis*.

–Imitemos en *nuestras palabras* la bondad que Él manifiesta, las bendiciones que derrama entre los suyos. No tengamos que palabras de perdón, de bendición para los que nos hecho del mal; hablemos a su favor al Padre celestial, aceptando ser víctimas por ellos, con sed ardiente, abandono total, y el deseo de consumarnos todo por su salvación.

Imitemos, en fin, *la benevolencia* divina teniendo siempre la intención de hacer el bien a todos, de marcar cada paso de nuestra vida con el ejercicio de las obras de misericordia, como Jesús, que ha pasado haciendo el bien: *pertransiit benefaciendo*.

Nuestra práctica de la bondad.

El hombre recuperada su bondad por el Espíritu Santo, que es la Bondad personificada en Dios, aparece como tal por los sentimientos de benevolencia del corazón, las palabras suaves que profieren sus labios, los beneficios que vienen de su manos. Desea y pide en sus plegarias, para todos sus semejantes, los mismos bienes que para él, para esta vida presente y para la eterna. Les desea toda clase de bienes, y como su benevolencia es sincera, está siempre dispuesto a hacerles el bien, en todas las ocasiones. No habla sino es bien de todos, o si no puede hacerlo, guarda silencio, sin que nunca una palabra de queja o una palabra desfavorable se le escapen delante de nadie por ningún motivo, sea lo que sea.

Aprovechemos y busquemos toda ocasión para obrar así el bien a los cuerpos y a las almas, dar de comer o de beber a quienes tienen hambre o sed, vestir a los que están desnudos, visitar a los enfermos, acoger a los forasteros y, especialmente como Tobías, socorrer a los difuntos liberándolos de las llamas del purgatorio. Preocupémonos aún más en ofrecer el consejo, la corrección, la

enseñanza a quienes tienen necesidad; perdonar, consolar, soportar las miserias de nuestros hermanos y rezar por todos.

Muy especialmente, después de la santa Comunión, dejemos a Jesús, infinita Bondad que vive en nosotros, servirse de nuestras manos para ir en ayuda de nuestros hermanos; de nuestros labios para aconsejar, consolarlos, animarlos, alegrarlos; de las luces de nuestra inteligencia para aclararlos; de nuestros bienes materiales para socorrerlos; de nuestro corazón para hacerles sentir que los amamos. Abismémonos en su bondad.

Dios es la misma bondad que atrae a todas sus criaturas: *Bonitas divina omnia ad se convertit*, dice santo Tomás. Nos da, a lo largo de cada jornada, con ternura paterna, el pan de cada día para el cuerpo y para el alma. A cada instante, nos distribuye sus gracias y nos hace merecer nuevos grados de felicidad y de gloria para la eternidad. En todas nuestras penas, está presente para consolarnos, en nuestros peligros viene rápido para salvarnos. ¡Oh, cuán bueno, *quam bonus*, que es nuestro buen Jesús para los que tienen un corazón recto!

Imitemos pues esta divina bondad y sembraremos con sus flores cada paso de nuestro camino por esta vida, por el ejercicio de las obras de misericordia que la caracterizan.

Pasemos por la tierra, como Jesús, haciendo el bien.

VIII. LA BENIGNIDAD

La benignidad nace de una caridad suave; se manifiesta afable cuando pregunta, suave cuando responde, feliz haciendo el bien.

Se puede ser bueno y benevolente sin tener la benignidad, si se tiene un carácter riguroso, un modo de comportarse desagradable. La benignidad hace al carácter dulce; ponen en todas las relaciones con el prójimo una suavidad que da placer y gana los corazones.

La benignidad procede de la caridad soberana y victoriosa del Corazón de nuestro Dios crucificado, infinitamente dulce e infinitamente humilde:

- en sus palabras, acciones y sacrificios por el prójimo, tiene siempre un modo dulce y humilde, sonriente y agradable;
- evita el reproche, porque cierra el corazón;
- la queja, porque hace percibir el egoísmo; la amenaza, porque disminuye el amor;
- acaba por vencer al mal, -triunfa sobre el temor poniendo a su gusto a los más tímidos, inspirando confianza a los más descorazonados;
- domina el vicio, haciendo sentir los atractivos y las alegrías de la virtud;
- domina el orgullo por la verdadera humildad, sabia y dulce; -suaviza el mal del dolor por la compasión tierna y la consolación eficaz;
- domina el odio por el afecto cordial, la indulgencia constante, la ternura atenta;
- vence la incredulidad haciéndole sentir la bondad de Dios y la de nuestra Santa religión.

La benignidad es un indicio de santidad, uno de los signos más evidentes de la presencia del Espíritu Santo, quien, como dice la Sagrada Escritura, es un Espíritu suave, lleno de humildad y

benignidad. También los hombres miden de ordinario la santidad de un hombre por su benignidad; es por esta última virtud por la que se dejan atraer, doblegar, ganar y gobernar.

¿Con quiénes se ha de practicar la benignidad?

Como Jesús, aparición y encarnación de la benignidad sobre la tierra, como María, dulce y benigna, como los mejores imitadores del Corazón de Jesús, practiquemos la benignidad:

con los *pequeños*, los niños, débiles, pobres, los ignorantes, los caracteres tímidos, poniéndolos a su gusto, teniendo siempre para ellos una sonrisa, una acogida benévola y sencilla, una palabra buena, afable, a su medida;

con los *afligidos*: viendo e ellos a Jesús, seamos para ellos muy buenos consoladores, con un apoyo muy dulce, con una compasión tan tierna y eficaz como sea posible;

con los *pobres pecadores*: atraigámosla por una bondad atrayente, a fin de convertirlos por caridad ardiente de nuestro celo:

con los que *nos hacen el mal*, sobre todo si se lo hemos hecho nosotros mismos, lo que debemos pensar para excusarlos. Pidamos a Jesús prevenirlos con las bendiciones de su dulzura, prevengámoslos con nuestras buenas palabras, hagamos todo por la paz.

Motivos para practicar la benignidad.

Si, de frente a vuestro prójimo, no queréis, en cuanto es posible ver otra cosa que el bien y lo bueno, Nuestro Señor, a su vez, no querrá ver en vosotros también más que el bien y lo bueno.

“Por encima de todas las cosas, sed bueno: la bondad es lo que más nos asemeja a Dios y lo que más desarma a los hombres” CP. Lacordaire).

“ Sí, ser bueno, siempre bueno, universalmente bueno, bueno también, es la forma divina de nuestro apostolado, el secreto de nuestra influencia cristiana sobre el prójimo, el atractivo casi infalible para atraerlo a la virtud y ganarlo para Dios”

(Mons.Gay).

A propósito de un falta cualquiera, ligera o grave, no asumir nunca el tono de reproche; rogar para calmar la inquietud y tener recursos en la bondad. –Todo desde la dulzura, nada por la fuerza; la aspereza avinagra los corazones, engendra el odio... la dulzura conduce los corazones a seguirla.

“Unos se deifican por la mortificación, otros por la liberalidad, otros por la conformidad con la voluntad de Dios; pero cuesta para llegar con este medio; buscad otro un medio más suave y más fácil; sed dulce y un buenazo (S. Gregorio Nazianceno).

Las victorias de la benignidad

“Es necesario embeberos de la benignidad del Corazón de Jesús, decía el P. Ravignan; llegaréis a ser benignos como Él, y atraeréis todos los corazones como Él.

Los frutos más ásperos y los más desagradables al gusto se convierten en azucarados embebiéndose del azúcar cuando los hacemos confitura. Y el azúcar atrae a todo el mundo. “Volveos azúcar o luis de oro y seréis del gusto de todos”. Pero el arte de la confitura es más seguro que el de la piedra filosofal”.

Congere carbones super caput eius, dice S. Pablo. ¿Este hermano que os tiene antipatía, no quiere dejarse atraer por vuestra caridad? Poned sobre su cabeza los carbones de la caridad y necesariamente acabará por prender fuego.

Vince in bonum malum. ¿Este hermano no quiere dejar vencer su odio o rencor, o sencillamente su susceptibilidad o mal humor? Colmadle con los muchos signos de vuestra bondad; no es ni tan bravo, ni tan seguro de sí mismo, que esté en situación de resistir a todo un ejército.

Haced que pueda percibir en vosotros un corazón dulce y humilde como el de Jesús, que os vea con un rostro siempre sereno y alegre, que no recoja de vuestros labios otra cosa que buenas palabras. A menudo rogad a Jesús de daros su Corazón, dulce y humilde, y que solo los sentimientos de su Corazón se manifiesten en vuestras relaciones con vuestros hermanos. Así, nos os temerán más y se acercarán con gusto a vosotros porque habrán visto en vosotros esta dulzura que es la bandera de la bondad.

Aun en medio de las tristezas de la vida, a pesar de las tempestades que pueden bramar en vuestra alma, esforzaos por mantener en vuestro rostro la serenidad, y en vuestros labios la sonrisa de la acogida; así los hombres os abordarán sin miedo, os mostraréis afables a todos estos pobres hermanos a quienes queréis hacer el bien; os hablarán con confianza y solo vuestro aspecto ya, les consolará en sus miserias.

¡Oh Jesús! haced que mi corazón sea benigno como el vuestro, que vuestra benignidad soberana y victoriosa triunfe en mí, para mi santificación y salvación de las almas.

IX. LA DULZURA O BONDAD

Los fariseos acusan a Jesús de violar el sábado mostrando su indignación contra Él.

Dándose cuenta del ambiente contrario, el Salvador abandona la ciudad, evitando en la medida de lo posible, el ruido, el estallido, todo lo que pudiera alterar al pueblo.

Se cumplía así la palabra del profeta Isaías: “He aquí a mi servidor, a quien yo sostengo, mi elegido en quien se complace mi alma. He puesto mi espíritu sobre él: dictaré ley a las naciones. No vociferará ni alzaré el tono ni hará oír su voz en la calle. Caña quebrada no partirá y mecha mortecina no apagará. Lealmente hará justicia” (Is 42, 1-3).

Aplicaos estas palabras. Si se refieren a Jesús también deben verificarse en sus compañeros, sus amigos y apóstoles.

La práctica de la dulzura o bondad.

Sed dulces en vuestros *sentimientos*. Ahogad enseguida en vuestros corazones todos los gérmenes de acritud, de envidia de los que podáis daros cuenta, para mantener solamente los

sentimientos dulces y humildes para con todos, aun hacia aquellos para quienes estaríais tentados de sentir antipatía o aversión, empapaos y embebeos de la benignidad del Corazón de Jesús.

Sed dulces en vuestras *palabras*. Que sean constantemente buenas y acogedoras. Ante cualquier cosa que se os diga o haga, no manifestéis nunca enfado.

En situaciones difíciles, si tenéis miedo de no poder hablar con dulzura, guardad silencio con un rostro sereno, hasta que la irritación interna o la turbación se haya pasado y podáis decir alguna buena palabra. No olvidaros, hay tres tipos de palabras que os debéis prohibir: toda palabra de enfado, toda palabra brusca, toda palabra quejumbrosa: unas y otras manifiestan acritud, y la acritud siempre hace algún mal. Al contrario, intentad que todas vuestras palabras estén impregnadas, saturadas de bondad y de dulzura, si queréis a través de ellas encontrar el camino del corazón de vuestros hermanos para conducirlos a Jesucristo.

Sed dulces en vuestros modos *de actuar*. Desde que os deis cuenta reprimid todo gesto que revele una contrariedad interior; no digáis nunca no, a una orden dada por un superior, a un servicio que se os pide. No deis señales nunca de estar aburrido, molesto, perturbado, descontento. Buscad en todo suavizar todo alrededor vuestro con la unción de la caridad. No canséis, no fatiguéis ni entristezcáis a nadie con vuestros modos de comportaros. Para llevar a cabo toda acción, negocio, reflexionad sobre ello dulcemente y disponed todo dulcemente, imitando la divina Sabiduría; esforzaos de obrar en todo bajo la inspiración del Espíritu de Dios. La dulzura, se dice, es la señal de la bondad: procurar hacer ver esta señal a todos, para que puedan ver en vosotros una imagen de la bondad del Padre celestial y que por causa vuestra bendigan su santo nombre.

Sobre todo, *soportad* a todo el mundo con una dulzura infatigable. No hagáis consistir la dulzura en ir de acuerdo con aquellos que son dulces, sino más bien en ser un apoyo para los caracteres difíciles. Explicad pacientemente todo malentendido; recibid de buen grado las contradicciones que se os hacen, esforzándoos en conservar, a pesar de todo, la igualdad de ánimo y acogida con los que os contrarían.

Haced más aún: *aceptad humildemente*, sin abandonar vuestra dulzura, todas las humillaciones que os vienen de parte del prójimo: reproches, vituperios, o heridas a vuestro amor propio. No protestéis sino agradeced y duplicad vuestra caridad.

Sed siempre dulce para con todos:

para con los pecadores, tienen más necesidad que los justos;

para con los de carácter difícil: es para quienes la dulzura ha de ser especialmente heroica;

para quienes os hacen el mal: es de donde adquiriréis más virtud;

para quienes os contradicen, os decepcionan y os exponen más a la tentación de la cólera o de la impaciencia;

sed dulce:

para aceptar los acontecimientos que os maltratan, las crucen que os llegan, para con la muerte, cuando llegue su hora. Avisará el triunfo supremo de la dulzura de Jesús en vosotros; será, si habéis sido siempre fieles, la corona de vuestra santidad. La dulzura paciente hace las obras perfectas y, ella sola, puede bastar para hacer un santo.

Frutos de la dulzura o bondad.

La dulzura es particularmente agradable al Corazón de Jesús porque imprime su imagen en el corazón de quien la practica. Es un fruto de su agrado. Os daría el consejo de Rebeca a su hijo Jacob: Ofreced a vuestro padre el fruto con el que le agrada alimentarse, y su corazón os bendecirá con sus mejores bendiciones. Y, si sois dulces como Él, os haréis dueños de los corazones de los hombres para dárselos a Él.

El hombre dulce es dueño de *su corazón*: el irascible no se posee a sí mismo. Jesús dice a sus discípulos: “Por la dulzura paciente poseeréis vuestras almas”; solo el hombre dulce es maestro de sí mismo. Por tanto ¿no queréis ser dueños de vuestro corazón, para conservarlo libre y feliz, aplicarlo al bien, darlo a vuestros hermanos, por encima de todo, a Jesús?

El hombre dulce poseerá *el Corazón de Jesús*, que se une con los que se le asemejan, porque encuentra en su compañía su descanso, su consuelo y su alegría. Se os dará por simpatía no menos que por recompensar los esfuerzos de vuestra virtud. ¿Y poseyendo el Corazón de Jesús, qué podría faltarle a vuestra felicidad aquí abajo?

El hombre dulce *poseerá los corazones de otros hombres*.

Fijaos más bien en Moisés, la principal figura del Salvador en la antigua ley: la Escritura santa lo señala como el más dulce de los hombres, *mitissimus inter homines*; es por la dulzura como Dios lo ha hecho santo, *in lenitate ipsius, sanctus fecit illum*.

Conservad esta palabra para deciros que, vosotros compañeros del Sagrado Corazón, es por medio de la dulzura como quiere haceros santos. Por la dulzura benevolente es como Moisés gana a su pueblo y llega a hacerse maestro de estos cabezas duras que se resistían a todo. Por su bondad paciente, que cargaba con sus pecados, obtuvo en varias ocasiones misericordia para ellos y, llevándolos y soportándolos a través de todas las pruebas del desierto, acabó haciéndolos entrar en la Tierra Prometida.

Del mismo modo por la bondad llegaréis a conquistar los corazones más cerrados, para hacerles el bien, sostenerlos en sus pruebas y conducirlos al Cielo.

Escuchad a S. Francisco de Sales que, mejor que nadie, ha comprendido el imitar la dulzura del Corazón de Jesús y, por su dulzura, adquirida al precio de muchas luchas, ha ganado y salvado tantas almas. Os dice, lo que os enseña también la experiencia, que se cazan más moscas con una cucharada de miel, que con cien toneladas de vinagre; por el vinagre ni una sola siquiera. Por la dulzura siempre se ganan algunas almas, con el rigor ni una. Haced, pues, la resolución de mostraros dulces con todos: *mansuetum ad omnes*, de haceros todo a todos por la dulzura benigna y paciente que gana a todos para Jesucristo.

Para llegar a un aplicación práctica, más en relación con nuestro tiempo, considerad los ejemplos que nos da el santo Cura de Ars, el apóstol, el salvador de almas de nuestro siglo. Fue en el más alto grado el Buen Pastor, siempre dulce y paciente para con todos y en todo. Nunca una palabra de reproche en sus labios, cualquier mal que se le pudo haber causado, nunca una queja ni una amenaza. Se ha podido decir de él, verdaderamente, esta palabra original, dicha después: “que era infatigable e incansable, no haciendo ver nunca estar disgustado con los pobres pecadores que lo cansaban, con las personas que, en sus relaciones con él, le hacían ver un carácter difícil o lo fatigaban con sus exigencias, a los que le trataban mal, ultrajaban, difamaban, combatían,

contradecían, le provocaban muchas contrariedades. Con cualquier motivo o sin él, se dejaba molestar sin dejar ver contrariedad o sorpresa. Recibía a todo el mundo con sonrisa acogedora: inoportunos, pesados, tontos, arrogantes. A todos los trataba con afabilidad y suavidad, despidiéndolos a todos contentos, en tanto en cuanto podían serlo”. ¡Que estupendo ejemplo a imitar!

Sobre todo, considerad a Jesús, cordero víctima por el mundo, inmolado *dominador de la tierra*. Por la dulzura de su Corazón ha sido elevado sobre la Cruz, nos atrae a todos hacia Él. ¡He aquí el Corazón que nos ha amado tanto y se nos abre con una tal dulzura!

No temáis, acercaos con confianza, seréis consolados, encontraréis la paz, el amor, seréis salvados. Id, y aprended de Él la lección y la gracia de la dulzura, hacedos como Él corderos y atraeréis también vosotros todos los corazones. Como Él, sed víctimas de inmolación por vuestros hermanos y, en vuestro sacrificio que Dios recibirá en olor de suavidad, y obtendréis para ellos, eficazmente, misericordia y salvación.

X. LA PACIENCIA

La paciencia consiste en aceptar, sin murmurar, por Dios, los sufrimientos, los trabajos y sacrificios que nos pueden ser impuestos.

Es necesaria para tener la paz, sobre todo para la paz con los hermanos. También se la ha llamado la ciencia de la paz. Para animaros a coger abundantemente, este fruto del Espíritu Santo, medita el premio, en diversos pasajes de los Santos Libros.

“Poseeréis vuestras almas con la paciencia”.

La paciencia es necesaria en la vida espiritual para mantener vuestras almas en la paz, en medio de las pruebas, las tentaciones, desolaciones, aburrimiento, distracciones; la paciencia cambia estos males en bienes, pues hace que, por ella, vuestras plegarias sean agradables a Dios, más dignas de ser escuchadas, y más meritorias para el cielo.

“Llevarán muchos frutos con la paciencia”

Es la paciencia la que fecunda todas vuestras obras y multiplica los méritos; corona todas las obras perfectas, siendo ella la más perfecta de todas. Cumplid vuestros deberes con paciencia: haced pacientemente los trabajos que os impone la Providencia y los sacrificios que Dios os manda.

Ésta será la perfección, por la que daréis a vuestro Maestro cien veces más, porque así nada faltará a sus ojos, al valor de la ofrenda.

“Armémonos de paciencia para el combate que debemos sostener”

La vida es un combate en el que la paciencia es la base total de la táctica. En esta lucha es la humildad que triunfa, la pobreza la que conquista los mejores trofeos, la mortificación que salva la vida, la paciencia, en fin, la que obtiene el gozo de la victoria.

Paciencia pues con vosotros *mismos*: en vuestras miserias, en vuestros defectos y faltas. Soportaos dulcemente como debéis soportar a los demás; soportaos constante y humildemente. Paciencia con el *prójimo*: soportaos recíprocamente, llevad de buena gana el fardo de los demás, es decir el peso de sus miserias y sus defectos; soportad todo de todos, aunque os parezca insoportable. Ni cólera, ni

quejas, ni agrias palabras: silencio. Paciencia con Dios mismo, de algún modo, pero entonces paciencia llena de resignación y abandono, sabiendo que Dios es infinitamente bueno y sabio en todas sus disposiciones de su Providencia, que siempre es vuestro Padre y que no puede permitir el mal sino por un mayor bien para vosotros.

Como modelo de paciencia, la Iglesia nos propone el santo Job que, golpeado en todos sus bienes, en sus hijos y en su persona, practica heroicamente esta virtud y no sabe otra cosa que bendecir al Señor. Job, en efecto, es el modelo instructivo, animador, santificante; es la figura de Jesucristo, rogando y sufriendo por nosotros. Modelo que enseña, porque nos hace ver en qué y hasta dónde Dios quiere poner a prueba la paciencia de los que Él ama. Modelo esperanzador, en el que podemos ver qué bendición nos reserva el Señor, en este mundo y en el otro, a los que saben bendecir su santo nombre, en las tribulaciones. Modelo santificador porque la Iglesia nos lo propone en este tiempo para nuestra imitación, Dios añade una gracia particular a esta imitación del santo Job para obtener la paciencia, “que es la obra perfecta”.

Job era un hombre simple y honrado. Su mirada limpia no veía más a Dios en todo, que es precisamente en lo que consiste la rectitud y la santidad.

“Es Dios, proclama Job, quien es el autor de todo bien, es Dios el autor de toda prueba; es Dios quien da y quien quita. Permanece siempre Dios, es decir, infinitamente bueno, sabio, infinitamente digno de alabanza y amor. Que su santo Nombre sea siempre bendito siempre y en todo”.

Nosotros también vemos a Dios solo en todo.

Lo vemos presente en todos los lugares, y nos mantendremos delante de Él, con respeto y sumisión, con amor y con la intención sencilla y derecha, y así nos resultará fácil conservar la paciencia en todas nuestras obras.

Vemos a Dios presente en nuestros Superiores y así nos será fácil obedecer con plena docilidad y paciencia. Lo vemos presente en nuestros hermanos, puesto que nos ha dicho: lo que les hagáis, a mí es a quien lo hacéis, nosotros pues tendremos para con todos ayuda, paciencia que perdona, que sirve, se sacrifica.

Viendo a Dios presente en todas nuestras pruebas, privaciones, sufrimientos, tentaciones, y nos será fácil, conservar la paciencia de la resignación, del abandono y de la inmolación. El Señor me había concedido estos bienes, este descanso, esta reputación; el Señor me los quita: ¡que su Nombre santo sea bendito!

Voy a indicaros a continuación algunas *ocasiones* en las que podréis practicar la paciencia y recoger este fruto tan suave y agradable al Señor.

Esperad pacientemente que vuestros hermanos se corrijan de los defectos que os cansan, que vosotros los habéis tenido a menudo, y ya parece, que van desapareciendo.

Ayudadles en sus tareas, hacedles todos los favores que os sean posibles, llevad sus cargas sin cargarles la vuestra, compartid sus cuidados y deseos, reservad para vosotros un servicio juntos, el más trabajoso. A su vez, vuestros ángeles de la guardia os ayudarán, para la gran obra de vuestra santificación y salvación que exige tanta paciencia.

Apoyad a vuestros hermanos, en los combates y las tentaciones, con vuestras oraciones, ejemplos y exhortaciones; estad junto a ellos en sus pruebas para animarlos, para que Jesús os pueda decir: “Vosotros sois de los que se han quedado conmigo en mis pruebas y yo quiero que reinéis conmigo en el cielo”.

Consolad a los afligidos en sus penas, aprender a soportarlos, perdonar, ayudarlos con vuestras oraciones en sus caídas. Que podáis de algún modo merecer el elogio de Job, que la Iglesia aplica a los Santos, que más han practicado las obras de caridad: “Ha servido de ojo al ciego, de pie al cojo, era el padre de los pobres”.

Esta paciencia es la que fructifica en el Espíritu Santo, que en el combate hace llevar la palma, que salva nuestra alma y nos lleva a reparar para salvar a los hermanos. Unámonos a Jesús, a su Corazón, a su voluntad, a su Cruz y nuestra paciencia será perfecta.

Resoluciones

¡Oh Jesús!, acepto con paciencia, por amor a ti y a mis hermanos, todas las contrariedades que me puedan venir de aquellos con los que convivo. Quiero sobrellevar todo: importunidades y molestias, falsas palabras, defectos de carácter, brusquedades, torpezas, palabras o actitudes de mal espíritu, etc.

Detesto todo pensamiento de rencor, todo germen de acritud que habría podido conservar a este respecto, toda vivacidad a la que me hubiera dejado llevar. Os prometo, para el futuro, perdonar todo y de soportar, prohibiéndome totalmente toda queja, toda palabra de excusa, toda palabra fastidiosa y desfavorable para el prójimo.

XI. LA MISERICORDIA

La misericordia es la mayor necesidad del hombre, acá abajo. Para recibirla plenamente de Dios, sed vosotros mismos, tan plenamente como podáis, misericordiosos con vuestros hermanos. Tened misericordia con todos, y Dios hará lo mismo con vosotros, ahora y por siempre.

Necesidad de la misericordia.

Por el pecado, habéis contraído una deuda que no puede ser pagada sino es por los castigos eternos. No tenéis modo de saldarla de otra forma; como el deudor del Evangelio, sois totalmente insolventes, pues vuestra deuda, proviniendo de la ofensa a una Majestad Infinita, es relativamente infinita. Es lo que indican los diez mil talentos de la parábola, suma relativamente infinita para el deudor.

Dios, cuya misericordia es más grande aún que toda deuda, os ofrece su perdón si consentís vosotros mismos en perdonar a vuestros hermanos, las deudas tan pequeñas que han contraído con vosotros. ¿Podrías por tanto dudar en perdonar todo? Sobre todo si tenéis en cuenta que no hay que hacerse ilusiones: si no sois misericordiosos sufriréis un juicio sin misericordia y seréis arrojados sin piedad alguna en la prisión eterna.

Medida de la misericordia.

“Servidor malvado, deberías haber sido misericordioso con tu compañero, como yo lo he sido contigo”. Esta es la medida.

Recordad la misericordia del Corazón de Jesús, tapando vuestras miserias y consolándolas también todas; buscad del mismo modo en aliviar las miserias de vuestros hermanos por una caridad sin límites.

Recordad la misericordia de Dios perdonando todas vuestras faltas, de hecho tan numerosas y tan graves; del mismo modo perdonad a vuestros hermanos todas las ofensas, cualesquiera que sean, para que vuestra misericordia sea sin reserva alguna.

Recordad la misericordia del Salvador pagando con su sangre todos vuestros pecados; sed como Él y con Él, reparadores por los pecados de de vuestros hermanos. Seréis, entonces, de algún modo, misericordiosos a la medida de Dios, porque lo seréis sin límites. Y entonces podréis apelar plenamente a la misericordia de Dios.

Cualidades de la misericordia.

En el evangelio, la misericordia es total y cordial.

Total de antemano, sin reserva y sin vuelta. Perdonad todo, olvidad todo, no mostréis ninguna señal de fastidio, no digáis nunca una palabra, ni mostréis ninguna señal de aversión y antipatía; restableced perfectamente la buena armonía con vuestro hermano; dadle toda vuestra amistad y que nada le recuerde que os haya herido.

Cordial a continuación. Sacaréis el agua de la misericordia del Corazón de Jesús, que es el manantial y colmaréis vuestro corazón, en el que no debe haber ya puesto para el menor síntoma de acritud o resentimiento.

Si sentís alguna dificultad para perdonar de todo corazón, o si teméis que vuestro hermano, también conserva algún sentimiento fastidioso contra vosotros, esforzaos en cubrir estas miserias por la sobreabundancia de la misericordia y vencer el mal con el bien. Será el triunfo más dulce de la misericordia del Corazón de Jesús y seréis los hijos queridos del Padre de las misericordias.

Práctica de la misericordia.

Sed misericordiosos con los cuerpos y con las almas.

Poned en práctica las obras de *misericordia corporales*, en el sentido material en cuanto podáis y también en el sentido figurado. Visitad a vuestros hermanos con las buenas relaciones de caridad y educación; - alimentadlas con el alimento espiritual de palabras edificantes, animadoras, instructivas; - dadles de beber satisfaciendo sus legítimos deseos sin decir nunca no; - redimidlos de sus pecados siendo reparadores por ellos;

-cubridlos con el manto de la caridad guardando silencio absoluto sobre sus defectos; - acogedlos siempre con aquella amabilidad que no se siente nunca defraudada ni contrariada, por cualquier problema que puede existir, pero siempre dispuesta a escuchar y servir; - en fin, por la misericordia

con los difuntos, practicad la devoción a las almas del purgatorio, sincera y eficazmente, lucrando para ellas efectivamente las indulgencias plenarias, liberándolas verdaderamente de su prisión.

Sobre todo practicad las obras de *misericordia espirituales*, la ocasión se presenta continuamente en la vida:

1. Tened siempre par quien os lo pida *un buen consejo*, acompañado de una buena palabra y buen ejemplo.
2. *Corregid* siempre con suavidad, como quisierais ser corregidos.
3. *Consolad* como verdaderos consoladores, que quieren consolar a Jesús, en Él mismo y en sus miembros.
4. *Perdonad* todo, a todos, siempre, totalmente y de todo corazón.
5. *Soportad* todo del otro sin darle nada que soportar. Repetíos que, aquel solo que se cree sin defecto, sin holgura de espíritu, que ignora totalmente las miserias del alma y del corazón, sea el primero en acusar a sus hermanos, a dirigirles un reproche, una palabra dura, un reproche, una crítica, a juzgarlos y despreciarlos.

Esta regla puesta por el Maestro os frenará siempre si estáis tentados de faltar a la misericordia. Os conservará en la caridad humilde y benigna, que soporta todo, no toma nada a mal y está siempre dispuesta a ver siempre el bien.

Recompensa de la misericordia.

Sed misericordiosos como vuestro Padre: hace el bien a todos y siempre, hacer salir el sol sobre los buenos y los malos. Hace caer la lluvia sobre justos e injustos; no rechaza nunca escuchar una plegaria bien hecha; perdona todo a los pecadores arrepentidos, aun los ultrajes más sangrantes. Como Él, haced el bien a todos, aun a los ingratos y mentirosos; no rechazéis nada a quienquiera de lo que podéis darle; perdonad desde lo profundo de vuestro corazón, alguna falta que se haya cometido contra vosotros o algún daño que se os haya causado.

La misericordia de vuestro Padre debe ser el motivo de la vuestra, para que así hagáis ver su imagen y os mostréis sus verdaderos hijos. Si después de haber sido constantemente los objetos de su misericordia, os mostráis sin misericordia para con vuestros hermanos, le obligaríais a no usar misericordia con vosotros, puesto que debe usar con vosotros la misma medida que usáis vosotros con los demás.

Pero si no rehusáis nada a vuestros hermanos, Dios no os rehusará nada a vosotros; si les perdonáis todo, os perdonará todo; si no los juzgáis no os juzgará tampoco.

¿Puede darse una recompensa más digna de envidia para los hombres miserables y pecadores? Sabéis bien que es la suprema bienaventuranza para este mundo y para el otro: “¡Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán la misericordia!”

XII. EL SECRETO DE LA PAZ FRATERNA

Recordad el precepto evangélico: “Antes de llevar vuestra ofrenda al altar, si recordáis que vuestro hermano tiene alguna cosa contra vosotros, dejad allí vuestra ofrenda e id a reconciliaros con vuestro hermano y, después, venid a ofrecer vuestro sacrificio”.

Uno de los fines del sacrificio es obtener el perdón de los pecados e implorar la misericordia de Dios; pero Dios no os perdonará y no perdonará a vuestro hermano más que en la proporción en la que os perdonéis el uno al otro. Por interés, pues, de vuestra alma y por amor a la suya, haced de todo para restablecer la caridad entre vosotros.

De antemano observad cuál es la materia que ha enturbiado la caridad entre ti y el prójimo y esforzaos en reparar todo con humildes excusas y una sincera reconciliación. Jesús no os aceptaría con gusto sin ellas. Y si, por falta de buena voluntad, coraje, o de la caridad dulce y humilde, no reparáis una falta un poco señalada contra la caridad, es mejor no hacer la santa Comunión. Pensad qué pérdida sería para vosotros y qué tristeza para el Corazón de Jesús, que vería en ello que no lo amáis lo suficiente como para ofrecerle este sacrificio.

“Si os dais cuenta que vuestro hermano tiene alguna cosa contra vosotros...” Fijaos que Jesús no dice: Si tenéis alguna cosa contra vuestro hermano, sino: si vuestro hermano tiene alguna cosa contra vosotros. No debéis pues contentaros con sofocar en vuestro corazón todo sentimiento de rencor, sino que debéis hacer igualmente todo lo que depende de vosotros para apagar igualmente en el corazón de vuestro hermano todo sentimiento contrario a la caridad y restablecer con él una buena armonía.

Para lograrlo seguid fielmente los consejos siguientes:

Perdonad y os será perdonado.

Perdonad si queréis ser el hijo del Padre misericordioso.

Sed misericordiosos aquí abajo, si queréis garantizar la misericordia allá arriba.

Perdonad todas las ofensas que os pueden hacer, cualesquiera que sean las repugnancias de vuestro corazón; haced triunfar siempre las gracias de la misericordia.

Perdonad todo – a todos- siempre, - de todo corazón: toda ingratitud, todo cuanto pueda herir vuestro amor propio, todo cuanto os parezca poco delicado u ofensivo. Perdonad lo que os pueda parecer imperdonable, y perdonad sin reservas.

Hay tres grados en el perdón total. Os lo indico:

1. *Perdonad totalmente*: sin testimoniar restricciones fastidiosas, sino multiplicando más bien los actos de caridad para quienes pudieran haberos herido.
2. *Perdonad generosamente*: esforzándoos justificar a vuestros hermanos, excusarlos al menos, creyendo más bien que el error es por parte vuestra.
3. *Perdonad amorosamente*: es decir, duplicando la acogida de ellos que son objeto de vuestro perdón.

Así, con todo esto, habréis encontrado el verdadero secreto de la paz fraterna, la que desea ver como reina el Corazón de Jesús entre los hombres.

XIII. LA CARIDAD DELICADA Y ATENTA

Cuando Jesús quiso corregir el apóstol incrédulo, lo hace -¿os habéis dado cuenta?- con muchas precauciones. Escoge el momento en que los apóstoles, que fueron testigos de su falta, están solos – *januis clausis*- con el fin de no manifestarla a cuantos la ignoran.

No recuerda la falta más que indirectamente por otra parte, en tanto que prepara todo para la reparación sea brillante y que todo sea en honor del apóstol arrepentido.

¡Qué delicadeza de caridad!

Examinaos atentamente sobre vuestra práctica de la caridad en este sentido. ¿Tenéis una conciencia delicada que evita con cuidado manifestar inútilmente las faltas o imperfecciones del prójimo?

¿No os ocurre, al contrario, hablar con ligereza o, puede ser con una cierta malicia, a quienes no tienen ningún motivo para darles lecciones, mientras que no decís nada a los que tienen cualidades y gracia, para ser instruidos?

Por tanto, si habláis por el bien del prójimo, prestad atención a no dar a conocer sino lo que es necesario, no hablando de ello sino a los que tienen el deber de corregirlo.

¡Oh! cómo es rara esta delicadeza en la caridad y ¡cómo se carga fácilmente su conciencia! A este respecto medita el tratado de S. Ignacio, que se lamenta amargamente de haber consultado un día a dos padres de la casa sobre las medidas a tomar con uno que no se había portado bien, porque le habría sido suficiente revelar la falta y pedir consejo solamente a uno de los dos.

Para velar por la delicadeza en vuestra caridad, haced el propósito de no decir nunca una palabra acerca de las faltas, imperfecciones y miserias del prójimo y ateneos habitualmente a este riguroso silencio. Os será fácil hacer una excepción si el deber os exija hablar y lo haréis entonces por pura caridad, sin herir de manera alguna la delicadeza de esta virtud.

Pensad en Jesús, en la pesca milagrosa. Viendo que el hambre aprieta a sus discípulos, les prepara Él mismo de comer y se lo sirve enseguida con sus propias manos divinas.

Cuando los discípulos bajan a tierra, ven carbones encendidos, un pescado sobre ellos y pan.

-Traed también del pescado que acabáis de pescar, les dice Jesús.

Después los invita a comer:

-Venid y comed.

Ninguno se atreve a preguntarle: “¿Quién eres? Sabiendo bien que era el Señor. En fin, Jesús se les aproxima, y tomando el pan, se lo da, y lo mismo el pescado”.

Admirad cómo la caridad de Jesús se muestra *indulgente, preveniente, haciendo el bien*. Allí está Simón Pedro que lo ha renegado tres veces, y Tomás que no había podido creer en Él, pero el Maestro bueno lo ha olvidado todo. Al contrario trata a Simón Pedro con más bondad que a los demás y en cuanto a Tomás le prueba su afecto escogiéndolo para ser uno de los cuatro apóstoles privilegiados que tuvieron parte en la pesca milagrosa y de los testimonios de bondad que siguieron.

¿Vuestra caridad para con los hermanos está impregnada de esta indulgencia? ¿Olvidáis en lo más profundo de vuestro corazón, los males que os han hecho? Si alguno os ha afligido, contrariado, enfrentado, ¿estáis atentos a testimoniarle, cuando haya ocasión, tanto o más afecto que a los demás? ¿Sabéis disimular las miserias, los defectos, las faltas de vuestros hermanos sin hacer ver nada de fastidioso, cerrando al contrario los ojos para no ver nada, al contrario abriendo vuestro corazón para amarlos cada día más?

Observad aún como la caridad de Jesús es preveniente y delicada al mismo tiempo. Preveniente, desde luego: sin que los apóstoles le digan nada, ve sus necesidades y se toma el trabajo de proveer con sus propias manos, preparándoles Él mismo una comida sencilla. Al mismo tiempo tiene la delicadeza de pedirle también pescado cogido por ellos mismos para darles la satisfacción de haber colaborado en esta comida milagrosa y saborear los frutos de su trabajo.

¡Qué bondad, qué delicadeza tan atenta de un Dios para con sus servidores!

Jesús os pide, también a vosotros, tener una caridad preveniente. ¿No habéis reflexionado nunca sobre ello? Probad, a partir de hoy, de preparar a vuestros hermanos con vuestros detalles de caridad. Ved de antemano qué ocasiones podéis tener: una palabra dicha para agradar a alguno, una atención con la que no se contaba, una ayuda que no se atrevía a pedir y que la ofrecéis vosotros mismos. Jesús tendrá cuenta de todo y tendrá el gusto de devolveros cien veces más previniéndoos con las bendiciones de su amor.

En cuanto a la delicadeza, pensad que si os mostráis delicados para con vuestros hermanos, en palabras y modos de proceder, Jesús mirará lo que haréis en este sentido como hecho a Él mismo, y a su vez, os manifestará lo que son las delicadezas de su Corazón: *Gustate et videte*.

XIV. LA CARIDAD COMPASIVA

En la parábola del Buen Samaritano, el divino Salvador nos enseña la caridad compasiva. Bajo la figura del Samaritano caritativo se nos manifiesta Él mismo. Vedlo con amor, con reconocimiento, con un gran deseo de imitarlo. Después, id y haced lo mismo.

“El sacerdote y el levita ven al pobre herido y pasan de largo”.

Por desgracia, ¿no es lo que vosotros mismos habéis hecho muy a menudo? Habéis visto las necesidades y habéis actuado como si no las hubierais visto, pasando a la larga.

Habéis visto un hermano teniendo necesidad de un socorro, una ayuda, un consejo y no habéis hecho nada por él. Ignorante, no lo habéis instruido; afligido y no lo habéis consolado; cometiendo una falta de la que podíais alejarle o curarlo, no lo habéis impedido ni advertido del mal...habéis pasado de largo. A quien os ha causado un mal, habéis rechazado el perdonarlo; de aquel, cuyas faltas o defectos os molestaban, os habéis alejado por no tener que soportarlo.

Esta conducta es todo lo contrario del Buen Samaritano del Evangelio. Él, en el desgraciado herido, vio al hermano y le testimonió una caridad *cordial, compasiva, universal, sobrenatural*.

Este judío, medio muerto, era en relación a él un extranjero, hasta un enemigo, según los prejuicios de su nación y, aún más, un desgraciado reducido a un estado vergonzoso y repugnante. No importa, solo escucha a su buen corazón y a su compasión. Desde que lo ha visto, ha bajado del caballo y se ha aproximado para prestarle socorro.

Que vuestra caridad sea verdaderamente cordial, que salga de vuestro corazón y del Corazón de Jesús, puesto que es Él el que debe animaros. De modo que será universal, puesto que la misericordia de Dios se extiende a todos los hombres. No distinguiréis entre las personas que os agradan y las que no os caen bien. Será compasiva, de la buena compasión que brota de las entrañas de Cristo y busca remediar eficazmente los males que le hacen enternecerse. ¡Qué corazón será tan

compasivo como el Corazón de Jesús? Su compasión le ha llevado a tomar sobre sí todo el fardo de nuestras iniquidades para librarnos de ellas.

El Samaritano no se contenta de una piedad estéril: se pone a la obra y no olvida nada para socorrer al infortunado. “Y, acercándose, le venda las heridas”.

Examinaos especialmente sobre estas dos cosas: el amor y el cuidado con que se deben manifestar vuestras relaciones con el prójimo y vuestras relaciones con Dios. Amor y cuidado para aquellos de vuestros hermanos de los que estáis especialmente encargados; amor y cuidado para los que os piden un servicio cualquiera que sea; amor y cuidado para quienes la Providencia pone en vuestro camino para que les hagáis el bien.

Dad mucho si tenéis mucho, poco si tenéis poco, pero siempre, dad con amor cordial y y con un cuidado siempre respetuoso.

Aproximaos, también, a vuestros hermanos, olvidándoos de vosotros mismos, si es necesario, puesto que caridad y entrega, apenas van sin olvido de sí mismo. Cuidaos de sus cuerpos y más aún de sus almas, no olvidéis lo que podáis hacer por sus intereses: todo lo que hayáis hecho por sus intereses, Jesús os lo devolverá según su liberalidad divina. Él ha prometido: “Yo, os lo devolveré”. El Samaritano olvida sus intereses personales, da el aceite y el vino que era parte de sus provisiones; no se ahorra ningún gasto. ¡Ah, Si fuerais generoso con Jesús de esta manera en la persona de vuestros hermanos!

Dilatad vuestros corazones para ser pródigos en caridad. Probaréis así los efectos de la prodigalidad divina: cuantas gracias, consolaciones, luces, favores os dispensará y ¡qué bendición para vuestras obras! Pero es necesario darlo todo, prodigarlo todo y además daros a vosotros mismos como añadidura.

Es así solamente como Jesús os devolverá todo: “Todo lo que pidáis demás, yo os lo daré”.

El Samaritano consiente ir a pie y cede su montura al herido: “Y montándolo sobre su montura”...

Es necesario saber tomarse el trabajo para hacer el bien al prójimo; es necesario saber tomarse el fardo de los pobres pecadores sobre sí queréis convertirlos.

Ceddes vuestros bienes espirituales, méritos, satisfacciones. Cargaos, como Jesús, con la culpa, debida a sus pecados.

El Samaritano no mira si sus negocios van a sufrir por ello o no, no quiere abandonar a este desgraciado que ha recogido; permanece con él hasta el día siguiente.

No se queda parada en el presente, piensa en el futuro:”Tened cuidado de él y todo lo que hayáis gastado de más, os lo daré a mi vuelta”.

Aplicaos la conclusión que saca Jesús de la parábola: “*Id y haced vosotros lo mismo*”. Sí, haced como el Buen Samaritano. Jesús os propone su ejemplo para que lo imitéis. Que vuestra caridad se semeje a la suya. Ejercedla a costa de vuestros gustos, de vuestras comodidades, de vuestro tiempo, de vuestros recursos si es necesario.

Puesto que Jesús es este Samaritano caritativo del cual os hace ver su imagen, para que os asemejéis al Él, esforzaos en reproducir esta semejanza, cada día más.

XV. LA CARIDAD HUMILDE

En el Corazón de Jesús, la caridad hace un uno con la humildad. Jesús dice al fariseo que le había invitado: “Cuando hagáis un banquete, en lugar de invitar a los ricos, que os lo volverán, invitad a los pobres, a los débiles, a los que no tienen nada para daros, pues Dios os lo devolverá en el día de la resurrección”.

Vosotros también, haced con preferencia el bien a los pequeños que nos os entienden, a los pobres que no pueden hacer nada por vosotros. Vuestra caridad así será más humilde y acompañada de una intención más pura. Vuestro Padre celeste, que lo ve todo, mirará con una complacencia especial esta humildad de corazón en vuestras obras de caridad, y Él se encargará de recompensaros, según su liberalidad divina, en la gloria eterna.

Si sois verdaderamente humildes, no seréis tentados a decir contra vuestros hermanos palabras de desprecio o injurias, graves o ligeras, “estimaréis a vuestros hermanos como si fueran superiores vuestros”, y los trataréis siempre con respeto.

Si alguno os dirige palabras ofensivas, no preocuparos en responder con el mismo tono; pensaréis humildemente que os habéis merecido esta ofensa, que os servirá de provecho para avanzar en la humildad y os mostraréis agradecidos con quien ha tenido el coraje de deciros la verdad, rezando por él con todo el corazón.

Si vuestra caridad es verdaderamente humilde, no tendríais que tener dificultad en la práctica de la misma bajo todas sus formas:

1. no diréis nunca ni una palabra contra la reputación del prójimo, ni cuando está presente ni cuando está ausente.
2. no os quejaréis nunca contra quien sea, ni por lo que sea, sino que aguantaréis el perjuicio causado, en silencio.
3. no intentaréis nunca excusaros cuando se os hace un reproche. Esta forma de la caridad es dura de practicar, pero os llevará a hacer grandes progresos en la humildad sólida; llenará vuestra alma de paz y edificará profundamente a vuestros hermanos. Sobre todo glorificará al Corazón de Jesús.

Si tenéis la caridad humilde, perdonaréis a todos, todo y siempre: ingratitud, roces de amor propio, faltas de delicadeza, groserías, malas artes, todo aquello que parece indignante para el orgullo e imperdonable. Lo perdonaréis *totalmente* por fuera; completamente en *vuestro corazón*, y así como en *vuestro espíritu*.

Es esta humilde caridad, regada desde el Corazón de Jesús, la que os hará felices y ayudará poderosamente vuestro apostolado. Su edificación es la más potente de todas.

Cada uno experimenta con agrado la influencia de esta humildad en la caridad, nadie piensa en resistirla y, fácilmente, se convierte en la señora de los corazones.

XVI. LA VERDADERA CARIDAD NO JUZGA

¿Queréis pareceros a vuestro Maestro? Practicad la abnegación de vosotros mismos, acomodándoos, a los humores, caracteres, a las indisposiciones, a los deseos y peticiones y, aun a los caprichos del prójimo en tanto que podáis. Actuando así os ponéis en condición de hacer el bien

a vuestros hermanos, de ayudarlos a corregir sus defectos o a reparar sus faltas, consolarlos y animarlos en sus dificultades, en una palabra ganarlos para Jesucristo.

Los que al contrario se dejan empujar por el mal espíritu, que mantienen habitualmente en sus corazones el resentimiento y el desprecio para con el prójimo, profiriendo palabras malévolas, críticas hirientes, palabras que escandalizan y arruinan el principio mismo de la caridad, los que se comportan de tal manera que crean división, siembran antipatías, nacer el odio, en todo esto son instrumentos del demonio, el gran enemigo, de quien hacen su mala obra.

Hay pocos puntos sobre los cuales se hagan más ilusiones que sobre la caridad. Nuestro amor propio y nuestra tendencia hacia el mal nos disponen a las faltas en este capítulo y nos impiden darnos cuenta la falta grave que hay, según la teología, en esta u aquella conversación, por la calumnia, la maledicencia, la crítica, la aversión, que nos permitimos sin ningún escrúpulo, y sin señalar también cómo tales entretenimientos nos hacen llegar a ser causa de ruina para nuestros hermanos y, finalmente, llevan a la pérdida, puede ser de la nuestra también, pues si nuestro Señor promete a quien ni juzga ni critica en absoluto, a quien practica de esta forma la misericordia, nos hace entender muy bien el temor por la salvación de los que hacen todo lo contrario.

“No juzguéis y no seréis juzgados.”

¡Ah, qué pena que este precepto divino sea tan poco comprendido y mal seguido!

Estudiémoslo brevemente:

1°. En su dimensión.

Os prohíbe todo juicio temerario que juzga al prójimo por simples sospechas y sin razón suficiente. Os prohíbe, esta avidez maligna y curiosa que os lleva a ocuparos de lo que no os importa, a examinar y desplumar sin motivo la conducta de los demás, en un espíritu de censura y de crítica.

Este precepto pide a que seáis más dados a creer en el bien que en el mal, a tomar las cosas siempre en su parte buena, y a no censurar lo que puede ser excusado.

“La caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no tiene cuenta del mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta” (I Cor 13, 4-8).

2°. En su fundamento.

a)*Por parte vuestra*, todo juicio sobre el prójimo es incompetente, porque no sois el juez establecido: “¿Quién sois vosotros para juzgar a vuestros hermanos? “Todos tenemos que comparecer ante el tribunal de Jesucristo”.

En lugar de soñar en juzgar a los demás, pensad en juzgaros a vosotros mismos y en prepararos para el juicio que no podéis evitar. Pensad que los juicios temerarios surgen de vuestro amor propio, que os ciega a la hora de ver vuestros propios defectos y os ilumina

con una falsa luz sobre los defectos ajenos; os conducirán a la condenación, en tanto que si los evitáis, os aseguraréis la misericordia del juez supremo.

b) Por parte del prójimo, vuestro juicio es injusto siempre, porque la causa os es absolutamente desconocida, no sabéis lo que pasa en su corazón. Ignoráis sus intenciones que, puede ser, lo justifican y, si la falta es pública, no sabéis si se ha arrepentido, si no se debe arrepentir o si no es de los que su conversión alegrará al cielo.

c) Con relación a Dios, vuestro juicio es injurioso, porque juzgando usurpáis sus derechos, usurpación tanto más indignante cuanto puede ser que eres más culpable a los ojos de Dios que quienes juzgas tan severamente: “¿quién eres tú para juzgar el criado de otro? Si se cae o queda en pie esto compete a su dueño”. A Él le corresponde juzgar no a ti.

3º La práctica del Precepto.

No os permitáis nunca un juicio desfavorable con respecto al prójimo, no solo por las faltas notorias sino aun en materia leve. Lo más sencillo y lo más fácil es ateneros a esta regla radical: Nunca me permitiré una palabra desfavorable contra el prójimo.

Si queréis decir alguna palabra de censura, de crítica, con el pretexto que no tiene importancia, tened cuidado: basta una pequeña chispa para provocar un gran incendio.

Evitad lo más posible las protestas y el ruido; mostraos modestos y pacíficos; sed indulgentes y condescendientes con la debilidad humana, no terminéis de romper en cántaro ya resquebrajado; dad más bien esperanza a los más desesperados y procurad encender la chispa de bien que aún queda en los más perversos. Así, como Jesús, saldréis victoriosos de todos los combates contra el enemigo de las almas, pues la justicia vencerá por vosotros y el Señor bendecirá

los proyectos de vuestro celo.

XVII. LA CORRECCIÓN FRATERNA

Un leproso pide a Jesús su curación. Ved como el Salvador lo acoge con caridad, bondad y dulzura, a pesar de estar apretujado por la gente y el aspecto repugnante del leproso.

Éste es vuestro modelo, para vosotros que queréis seguir más de cerca de Jesús, dulce y humilde de corazón. Cuando un hermano, o un desgraciado viene a pedirnos un servicio en un momento inoportuno, especialmente si su presentación o su persona tienen algo de desagradable, evitad el acogerlo con impaciencia o mal humor, haced un esfuerzo sobre vosotros mismos para mostraros amables, evitad cualquier palabra brusca y responded a su pregunta con cordial suavidad.

Si veis que un hermano se aparta o comete faltas que, por naturaleza pueden escandalizar o conducir al mal a otros, hacedle ver en privado su falta y, si no os escucha, interponed una

tercera persona; y si el mal continua o si prevéis la inutilidad de vuestras advertencias, denunciad el culpable al Superior.

Es el orden trazado por Jesucristo. ¿Estáis conformes?

Por el contrario, ¿no os habéis hecho culpables, *sea de indiferencia* contentándoos de despreciar interiormente, o puede ser también ostensiblemente, a vuestro hermano, sin hacer nada para corregirlo? *Sea de indiscreción* ¿manifestando las faltas ocultas a quienes no tienen la misión de corregir?

Sea de exageración, ¿denunciándolos con pasión?

Y cuando habéis tenido que quejaros por una falta cometida contra vosotros, ¿no habéis provocado una segunda por vuestra manera hiriente de hacer la corrección?...

Si tenéis alguna autoridad sobre los hermanos, discípulos o empleados, ¿no los habéis reprendido en público sin necesidad, sin ningún miramiento?... o en particular, agriamente y apasionadamente, cuando todavía existía irritación por una parte y otra.

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia”. Tomad exactamente para vosotros la palabra del Salvador: “¡El que de entre vosotros está sin pecado que tire la primera piedra!” Antes de juzgar o condenar a los hermanos, preguntaos si no habéis cometido la misma falta que habéis creído ver en ellos y, reconociendo cuánto vosotros mismos tenéis necesidad de la misericordia, sed también llenos de misericordia para con ellos.

Con el recuerdo y la comprensión práctica de esta palabra del Salvador encontraréis el medio de salvaguardar la caridad siempre, sea en las palabras, en vuestras acciones y en vuestros juicios. Sí, esforzaos siempre en tener presente, en el espíritu y en el corazón esta regla tan sabia y tan justa del Salvador: que el que está sin pecado que tire la primera piedra sobre sus hermanos, es decir que el que está exento de defectos del espíritu, de faltas, de miserias sea el primero en acusar a sus hermanos, criticarlos, dirigirles un palabra dura o un reproche, a despreciarlos.

Escuchar esta otra lección de Jesús. Los discípulos extenuados por la fatiga y el hambre en una correría apostólica frotan algunas espigas de trigo al pasar por un campo.

-Mira, dicen los fariseos, que tus discípulos están haciendo lo que no es permitido hacer en *sábado*.

- Si supierais, responde Jesús, lo que quiere decir esta palabra: “Misericordia quiero y no sacrificio, yo miro los sentimientos del corazón no las acciones, puramente exteriores de culto”, vosotros nunca habríais condenado a inocentes como lo son mis discípulos, que no obran más que por necesidad y que no hay nada de malo en lo que hacen”.

No acuséis a vuestros hermanos, y sobre todo no los condenéis, la misericordia y la justicia los defienden, porque no sabéis las razones que los excusan. Vuestro amor propio os engaña fácilmente y os hacer ver el mal en una cosa inocente, pero que os contraría.

Además, ¡qué insensata presunción la vuestra, miserables pecadores, en querer condenar los servidores de Dios, cuando deberíais buscar, por misericordia, el haceros propicio este mismo Dios que tiene tantos motivos para condenaros a vosotros mismos!

Huid también de los mismos juicios temerarios que son un atentado contra los derechos de Dios, solo juez legítimo de las conciencias.

A pesar de todo el fastidio que os pueden dar vuestros hermanos y las miserias que os hacen ver, sed amables con todos: *Congregationi pauperem affabilem te facit*; soportadlos sean

quienes sean, con dulzura de corazón, serenidad de rostro y suavidad de palabra; ofreceos sinceramente como reparadores, como víctimas de caridad, por sus defectos.

Y Jesús os hará de igual modo, a su manera divina. No tendrá cuenta de vuestras faltas que “la caridad cubre” y reparará vuestras faltas. Será, pues, verdad que la caridad sin medida os habrá logrado la purificación sin medida.

XVIII. SERVICIALES

Es la lección que Jesús da a sus discípulos: “Los príncipes de este mundo buscan ser los primeros y en dominar a los demás”. No debe ser así entre vosotros, *Vos autem non sic*. En mi reino, el poder se encuentra en el amor de Dios y de los hombres; es decir, el amor aspira a servir y no a ser servido, darse a los demás y en no explotarlos por ambición o interés personal. “El que quiera pues ser el primero entre vosotros que sea el servidor de todos”. En esto seguid mi ejemplo; pues, “el Hijo del Hombre no ha venido para ser servido, sino para servir”.

Examinaos atentamente con respecto a esta lección del Corazón de Jesús. ¿Servís a vuestros hermanos, en vuestros cargos, por amor, en las tareas que se os han sido confiadas, en las relaciones ordinarias de la vida?

¿No los tratáis con espíritu de dominio y orgullo como lo hacen los hijos de este mundo?

Es necesario hacer que os olvidéis de vosotros mismos para que os deis, olvidéis vuestros intereses y vuestro honor, para no buscar más que el bien de las almas y el honor de Dios.

¿Servís a vuestros hermanos como Jesús los ha servido en su vida mortal y continúa sirviéndolos en la santa Eucaristía? ¡Qué dulzura y qué bondad, la de este buen Maestro, especialmente para los que están cargados de miserias y pecados, para quienes en el dolor y en trabajo, tienen necesidad de ayuda, para quienes no viven paz y tienen necesidad de que se les ayude a encontrarla, para quienes sienten la pesadez del yugo y tienen necesidad de consuele llevándolo con ellos! También vosotros debéis servir a vuestro prójimo de buen grado, con amor, dulzura, con la humildad del Corazón de Jesús, encontrando así la paz para vuestras almas.

Jesús dice a los fariseos que le habían invitado: “Cuando preparáis un banquete, en vez de invitar a los ricos, que os responderán... invitad a los pobres, a los débiles, a los ciegos que no tienen nada para daros en cambio, porque Dios os lo dará en el día de la Resurrección”

Tomad con gusto esta recomendación del divino Maestro y dad preferencia siempre a los pequeños que no os entienden, a los ciegos que no ven, a los pobres que no pueden hacer nada por vosotros. Vuestra caridad será más humilde y estará acompañada de una intención pura.

Creed fuertemente en la palabra de Jesús con respecto al bien que debemos hacer a los demás: *Mihi fecistis*: “Es a mí, a quien lo habéis hecho”. Viendo a Jesús en vuestros hermanos, seréis felices siempre por hacerles el bien, les testimoniaréis una caridad cordial,

constante, *paciente*. Evitaréis con delicadeza afligirlos de palabra u obra, pensando que será a Jesús mismo a quien afligís.

¡Oh! Si lo pensáis a menudo con una fe viva, el evangelio en el que os dice que en el último día, os juzgará sobre vuestra caridad para con los hermanos, según esta simple regla: "*Mihi fecistis*" , es a Mí a quien lo habéis hecho, es a Mí a quien no lo habéis hecho, ¡cómo estaríais atentos, preocupados, fieles a las obras de caridad!

Aplicaos, pues, a imitar a Jesús, hacer el bien a todos, en todos los lugares, en vuestra familia, en vuestra comunidad, en toda circunstancia: y no hay ninguna en la que un corazón bueno no pueda utilizar para practicar la caridad. Si hay dificultades, la virtud se demuestra sobretodo en la sabiduría y la perseverancia en sobrellevarlas. Jesús os ha dicho también; *Extende tuam* "Extiende tu mano", esta mano que, puede ser, hasta aquí se ha secado por el egoísmo, extendidla por tanto, para hacer el bien a vuestros hermanos, para ser instrumentos de mi voluntad.

Dad vuestros cuidados al prójimo, según esta máxima que os debe ser propia: "Olvidaos y daos". Darse sin reservas, en primer lugar y sobre todo a las almas que tenéis confiadas directamente, puesto que a todos vuestros hermanos de acá abajo, con un corazón dilatado, como el de S. Pablo, que decía: *Omnibus debitor sum*". " Me debo a todos y a todo, daría todo lo que tengo y aún a mí mismo por añadidura".

Si obráis así, los méritos de todos aumentarán vuestra fortuna espiritual, los ángeles de la guarda y los patronos de todos serán también vuestros ángeles de la guarda y los que os recibirán un día en el Cielo.

XIX. LA CORTESÍA CRISTIANA

La cortesía es una aplicación delicada y atenta que hacer a todos los miembros de nuestra familia, por medio de nuestra conducta exterior, nuestra estima y benevolencia.

Para aprender bien a practicar la cortesía cristiana, es necesario ponerse a la escuela de Jesús. Contemplad este Modelo divino: ¡qué gracia, qué modestia, qué benevolencia, qué dulzura y humildad en sus palabras, en su aspecto y sus maneras!

Inspira respeto a todos. Atrae hacia sí todos los corazones; mueve a seguirlo a todas las almas de buena voluntad. Solo los de orgullo ciego, como los fariseos, lo desprecian y se resisten al encanto de su persona divina.

Para ganarse el corazón de sus conciudadanos, Jesús se conforma a sus usos y costumbres, *secundum consuetudinem*; sigue exactamente el orden establecido; se alza y se sienta según las reglas de la buena educación que entonces se usaban. Enrolla con cuidado el volumen que se le ha prestado y lo devuelve con gracia al servidor. Se hace ver de sus compatriotas, como cuando era niño, lleno e gracia y amabilidad, de tal modo que todos quedan maravillados: "¿De dónde le vienen, comentan, esta sabiduría y estas virtudes?" – Le vienen de su Corazón, y desde él, quisiera ganar y salvar vuestros corazones.

¡Ah! ¿Por qué rechazáis escuchar a quien es la suavidad misma? ¿Por qué no queréis instruiros en la escuela de quien es “manso y humilde corazón” y que quiere haceros “encontrar el descanso para vuestras almas”?

Para la edificación y salvación del prójimo, para honrar a la Iglesia y a la Religión, para lograr hacer bien las obras de celo y caridad, esforzaos en imitar vuestro modo de obrar externo al de Jesucristo para poder así ganar para Él los corazones de vuestros hermanos. Era la misma bondad, “la manifestación de la benignidad de Dios” entre los hombres. Su modestia era tan atrayente que el Apóstol la invoca como un recuerdo que debe mover a las almas. En fin, Él mismo hacía ver su dulzura y humildad a los hombres para atraérselos: “Venid a Mí, porque soy manso y humilde corazón”.

La bondad y la benevolencia se manifiestan por el aire sonriente del rostro, la buena acogida, la afabilidad que hace sentirse a gusto; la entrega siempre a punto para comprometerse, olvidándose de uno mismo; la modestia que observa todas las reglas de la conveniencia; la educación que se acompaña de la soltura en las maneras, y una cierta dignidad en el modo de presentarse; la humildad dulce y paciente que puede suplir todo el resto: que todo esto sea como vuestro carácter exterior, puesto que es el del divino Salvador y de sus verdaderos amigos.

Puesto que sus amigos, los santos, nos han dado el ejemplo de la más exquisita educación.

S. Jerónimo Emiliano, por ejemplo –y varios santos lo han imitado en esto- no quiso conservar de su vida en el mundo más que una exquisita educación, en la que había sido educado y que le sirvió mucho para ganarse corazones.

Los dos santos Macarios de Egipto practicaban en medio de las austeridades de la vida monástica, una educación perfecta, y uno de ellos un día convirtió un sacerdote de ídolos, nada menos que saludándolo con la cortesía de un santo.

Se puede decir que S. Francisco de Sales, que sacrificaba todos sus gustos a las reglas de la cortesía, ha muerto mártir de esta virtud, por la que contrae la última enfermedad por haber permanecido demasiado tiempo descubierta, bajo un gran frío, por educación.

San Pablo habla y escribe según todas las normas de la cortesía más atenta.

La cortesía cristiana es un ramo formado de tres flores, que exhala el buen olor de Cristo: *la caridad, la humildad, la modestia*. Es el complemento, y si es necesario el complemento de estas tres virtudes tan necesarias.

El complemento

La caridad acompañada de formas educadas agrada mucho y gana el alma toda entera.

La humildad acompañada de la cortesía toca especialmente los corazones e inspira a la confianza.

La modestia unida a la cortesía inspira respeto y provoca una muy grande edificación.

El suplemento

Si no sentís en el corazón bastante caridad o afecto, haced al menos esfuerzos para conservar la cortesía, la más acogedora y se os será agradecido. Si no tenéis humildad interior,

observad siempre y en todo la educación más respetuosa y nadie podrán quejarse de vosotros. Si teméis faltar en uno u otro punto a la modestia cristiana, estad tanto más atentos a no faltar a la cortesía y conveniencias que sabéis. Y os será de agradecer.

Si no obstante faltáis a la cortesía, sobre todo si es voluntariamente, sabed y muy bien, que el prójimo se extrañará, desedificará, turbará, que podrá atribuir a una falta de caridad y que, a menudo, tendrá mucha dificultad en perdonároslo.

Esforzaos, pues, en hacer el bien, no solo delante de Dios, sino también delante de los hombres (II Cor, 8, 21); poneos a salvo de todo reproche por parte de Dios y de los hombres, para ser un trabajador inconfundible, como lo dice S. Pablo.

Como consecuencia, aun poniendo todo vuestro empeño principal en formar en vosotros el hombre interior que practica las virtudes sólidas, no perdáis de vista la formación del hombre exterior, que observa las reglas de la modestia y del buen parecer observando fielmente los buenos modales y la conveniencia.

XX. EL CELO POR LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS

El espíritu sopla cada vez más en las almas, el deseo del reino del Sagrado Corazón; deaos inspirar por Él. La corriente de la gracia ahora está ahí, deaos llevar por Él: que vuestro amor y vuestras esperanzas, vuestras oraciones y vuestro celo se dirijan hacia el Sagrado Corazón.

La Iglesia por medio del Papa, ha saludado al Sagrado Corazón como el nuevo *labarum*, que debe salvar nuestro desgraciado siglo; ha proclamado la llegada del reino del Sagrado Corazón sobre todo el género humano.

Alineaos debajo este estandarte divino, combatid con las armas de la oración, de la acción, y del sacrificio por su triunfo.

Felices entre todos, los apóstoles del Sagrado Corazón, que apresurarán la llegada de su Reino, que le ganarán algunos corazones más.

Necesidad del celo.

Si de verdad amáis a Jesús, dadle almas. Veis cuánto las ama, qué sed tiene de su salvación. Pensad que, también, os dirige a vosotros esta petición: *Da mihi bibere*, “¡Dadme de beber!” ¿Le daríais un rechazo? Si hasta ahora lo habéis hecho, como lo hizo primero la Samaritana, haced también como ella: dad a Jesús de antemano y sin reservas vuestra almas, después las almas de vuestros hermanos, los pobres pecadores, las almas de vuestro pueblo que hay que salvar.

Si no sois celosos no podéis decir que amáis a Jesús: *Qui non zelat non amat*, “Quien no tiene celo no tiene amor”.

Si amáis a vuestros hermanos, si amáis a vuestra familia, si amáis a vuestro pueblo, trabajad para conducir estas almas a Jesús. ¿No queréis que participen de vuestra felicidad? Si habéis encontrado en Jesús vuestro supremo Bien, ¿no quisierais que ellos participen. Es la obra de caridad más grande y la más necesaria a realizar: dar a las pobres almas su Salvador, abrirles el cielo, hacerles encontrar a Dios.

Calidad del celo.

Imitad a Jesús a quien hay que tomar siempre como ejemplo, practicando *la Caridad*, que se olvida y se entrega. El amor de Jesús por las almas le hace hasta olvidar hasta la necesidad del alimento, tiene otro alimento bien diferente: *meus cibus est*; Él saca provecho de todas las ocasiones para ganarlas; ella le lleva a imponerse todas las privaciones, todas las fatigas para convertirlas. Esta caridad es todo dulzura, todo bondad, todo indulgencia, todo condescendencia, y acaba por triunfar de toda resistencia.

Practicad aún la *paciencia* que soporta todo, como Jesús los rechazos, las groserías, las impertinencias de la pobre Samaritana: “¿Cómo te atreves a pedirme de beber?” Paciencia que se dirige siempre con mansedumbre a los pecadores, que se manifiesta a ellos acogedora y dispuesta a ser útil.

Pensad en la *simplicidad* de la paloma. Tened siempre una intención simple y recta en vuestras palabras y obras. Que las almas puedan darse cuenta de que no buscáis vuestros intereses, sino solo los suyos, temporales o espirituales, su consuelo, su bien, su salvación eterna. Ellas, tendrán entonces confianza y se abrirán a vosotros.

Sed *prudentes* sin embargo, en cuanto a su interés, para evitar todo aquello que les pueda chocar, prudentes como la serpiente que se oculta y se mantiene agachada y oculta; abajaos, mostraos pequeños, teniendo cuidado de la malicia de la serpiente que quiere disimular y engañar, que la norma de vuestra prudencia tenga en cuenta estas tres palabras: humildad, vida oculta, silencio.

Sobre todo, mostrad *la mansedumbre* de la oveja. Entrega todo a los hombres, la oveja que deja inmolar sin quejarse: su lana, su leche, su sangre. Dad y sacrificad todo por las almas, dulce, simplemente, sin decir nada. Entregaos a vosotros mismos, como el apóstol S. Pablo, *omnia impendam et superimpendam ipse*, y ganaréis muchas almas para Jesucristo.

Dad testimonio, en fin, de una *perseverancia* que no se deja ni vencer ni descorazonar por nada, que no se queja de su trabajo ni su sufrimiento y que, buscando siempre perfeccionar su obra, acaba por convertir a los pecadores, o al menos sembrar una buena semilla, esperanza asegurada de la cosecha de eternidad.

XXI. ESPÍRITU APOSTÓLICO

“La mies es mucha”, os dice el Señor, *messis quidem multa*. Fijaos: ¡cuántas ciudades, pueblos, naciones enteras privadas de la palabra de salvación!

Compartid la tierna compasión del Corazón de Jesús por tantas almas desgraciadas que están tan expuestas y que nadie socorre. Decidle pues, con humildad y confianza: “¡Aquí estoy, Señor, envíame!” *Ecce ego, mitte me!*

Tres medios os ayudarán principalmente a practicar el espíritu y el celo apostólico.

Siendo un hombre de oración

Rogad al Señor de la mies que salve las almas, rogad por los obreros apostólicos que continúen la obra de los Franciscos Javier: vuestras plegarias pueden asociaros a sus trabajos, como el que riega un huerto participa del salario del que lo ha plantado.

Rogad, desde luego, *por la salvación de los pobres infieles*, porque la plegaria asidua del justo tiene mucho valor junto a Dios para la salvación de las almas. “Sed un hombre de deseos”, como Daniel por la salvación de su pueblo, y mereceréis ser escuchados, como él, *quia vir desideriorum es*.

Dejad que vuestro celo se inflame con el pensamiento de las penas del infierno, que se apresta a devorar esta parte de la cosecha del Señor, si los obreros no vienen a recogerla. Que vuestra compasión vaya aumentando pensando en la desgracia presente de estas almas, que no es más que el presagio y el comienzo de su desgracia eterna.

Rogad pues al Padre de la mies que envíe obreros a su mies: *rogate ergo dominum messis...*

Pedid con una plegaria, toda encendida de caridad, por estas pobres almas para que se salven, de amor a Jesús a fin que recoja el premio de sus sufrimientos; de caridad para vosotros mismos, a fin de haceros dignos de la recompensa magnífica que espera a los obreros apostólicos.

Sí, rezad sin cesar, para obtener del Señor el envío de dignos obreros apostólicos; rezad intensamente, porque la mayor necesidad de la Iglesia es tener buenos pastores. Corresponde a Dios dárnoslos, a vosotros pedirlos: “Rogad con confianza”. Puesto que Jesús quiere que recéis, es que quiere escucharos, sino se contradiría a sí mismo. ¡Ved que confianza hay en su Corazón!

A pesar del pecado, cuya miseria destroza las almas, descubre en ellas una cosecha que recoger; nada parará su ardor y su celo. Pide solamente que participéis de sus sentimientos. Así pues, a pesar del miserable estado en que se encuentran las almas que queréis salvar, no os dejéis arrastrar por el desaliento. Perseverad en la oración con confianza y Dios acabará por bendecir vuestros esfuerzos.

Haciéndose un hombre de acción.

El hombre de acción se ejercita en todas las obras de misericordia, espirituales y corporales, y con ellas realiza maravillas de caridad. Busca unir los socorros al cuerpo con los del alma

según las instrucciones del buen Maestro. Su celo lo lleva en primer lugar a las ovejas más abandonadas y y de algún modo a las más desesperadas; no es de los apóstoles negligentes a los que, por boca del profeta Ezequiel, Dios hace este reproche: “No fortificáis a las débiles ni curáis a las enfermas, ni vendáis a las heridas, no habéis levantado a las ovejas que se habían caído ni buscado las que se habían perdido, mis ovejas se han dispersado porque no tenían pastor”.

Llegaréis a ser este hombre de acción:

a) *Por la palabra*: palabra suave, caritativa, insinuante, como la de Jesús a la Samaritana; palabra que toca los corazones y gana las almas. Como Jesús, aprovechad todas las ocasiones para dirigir a vuestros hermanos un saludo; sembrad en todas partes alguna buena semilla, que no siempre caerá e una tierra estéril.

a) *Por las buenas obras*: multiplicadlas, teniendo como motivo la caridad para con las almas, ofreciéndolas al divino Maestro como monedas de oro para ayudar a la redención de los pobres cautivos del pecado. En la medida en que la prudencia os lo permita, multiplicad vuestro celo por la conversión de los pecadores.

b) *Con el buen ejemplo, sobre todo*: el ejemplo arrastra, mientras que la palabra solo puede emocionar. El ejemplo de la modestia, de la humildad, de la caridad benigna y paciente, de la bondad condescendiente y suave; el ejemplo que ejerce una influencia tan dulce y por ello irresistible, que es la predicación de la cual el mundo tiene más necesidad y a la que resiste menos. Este apostolado del ejemplo, el más eficaz, es también el que Dios bendice más a gusto. Predicad con el ejemplo en vuestra familia, en vuestro ambiente, en vuestra comunidad y tendréis parte en todo el bien que haréis hacer como consecuencia a vuestros hermanos.

Llegando a ser un hombre de sacrificio.

Para empezar Jesús quiere vuestro corazón. Yo exijo de mis discípulos, os dice, un amor más fuerte que la misma muerte; un amor superior a todos los obstáculos, dispuesto a todos los sacrificios, por esto es preciso separarse del padre o de la madre: “El que ama a su padre o a su madre mas que a mí, no es digno de mí”. Y en otra parte señala: “El que no está dispuesto a llevar la cruz y seguirme, no es digno de mí”.

Vedlo a Él mismo: para instruir y salvar las almas, da todo y sacrifica todo: trabajos, su sangre, su vida. ¿Rechazaríais el menor sacrificio, el menor fastidio, el menor sacrificio por la salvación de vuestros hermanos?. ¡Oh! Seguid, más bien, sin tardar al divino Maestro, haceos semejantes a Él. Esta debe ser toda vuestra ambición y la felicidad del apóstol, asemejarse a su Maestro. “Puesto el discípulo no está por encima de Maestro”. No debe desear otra cosa que participar en su género de vida, trabajos y recompensa: *Sufficit discipulo si sit sicut magister eius*.

Aceptad, pues, fielmente las penas y los sacrificios, en unión a la pasión del Redentor: es sobretudo por sus sufrimientos y sacrificio por los que ha salvado a las almas, uniéndoos a Él por una verdadera compasión afectiva y efectiva como llegaréis a ser corredores con Él. Entregaos, pues, a Él para esto sin reserva, por amor y sin vuelta.

Sed como el Cordero divino pide a sus discípulos, la oveja llena de mansedumbre que se deja inmolar sin quejarse. De este modo no faltará a lo que su amor espera de nosotros, a la parte de la Pasión, que debéis contemplar por su cuerpo que es la Iglesia.

XX. LA CARIDAD CON LOS POBRES

La *Sabiduría* inspira la caridad para con los pobres. "No privéis al pobre de vuestra limosna; no aflijáis el corazón del indigente tardando en socorrerle en medio de su angustia, y no rechazéis la plegaria del afligido volviéndole el rostro".

Mostraos afables en la asamblea de los pobres. Tened para cada uno una acogida benevolente, una muestra de simpatía o al menos de bondad, una palabra de ánimo.

Después, escuchad a cada uno, si podéis, tanto cuanto quiera hablaros: abrid vuestros oídos sin mostrar cansancio, sino más bien interés y alegría, respondedle con dulzura y buenas palabras que lo tranquilicen y contenten.

Las cuatro cosas que la sabiduría divina nos pide en el ejercicio de la caridad, es decir: afabilidad, dulzura, alegría y espíritu pacífico, son el secreto para ganar los corazones y salvar las almas.

Que vuestra mano no sea abra solo para recibir y se cierre para dar. Es necesario recordar las palabras que ha dicho Nuestro Señor: *Beatius est magis dare quam accipere*, "Hay más gozo en dar que en recibir". Él ha comprendido muy bien este gozo, porque ha dejado todas las riquezas que gozaba en el Cielo para venir a esposar nuestra pobreza en la tierra. Ha contraído con ella una unión indisoluble, tan formidable, que desde la cuna a la tumba, ha querido ser perfectamente pobre. Ha glorificado altamente la pobreza, delante del cielo y de la tierra, proclamando felices a los que la abrazan como Él, en espíritu, de corazón, de hecho y de verdad.

Y vosotros, sus discípulos, amigos, miembros de su cuerpo místico, si queréis testimoniar que participáis de los sentimientos de vuestro Maestro, ¿qué pensaréis, qué diréis, qué retendréis, de qué os alegraréis?

¡Ah! Dadlo todo, entregad todo, prodigaos por la salvación de las almas.

Hijos míos, dad todo y Dios os dará todo. Cualquiera cosa que os pida, dádsela. Dad sin calcular y siempre. No digáis nunca no a un servicio que se os pide o a una orden dada.

Tiempo, trabajo, salud, dinero, pan, oraciones; dad todo lo que tenéis y daos a vosotros mismos.

Sí, dad todo y recibiréis todo. Jesús os devolverá todo con la misma medida, es más con una medida *superabundante*, con la magnificencia que le conviene, con una liberalidad divina. No ha dicho, efecto: *date et dabitur vobis*, "Dad y os será dado".

Si por tanto, con una generosidad sin límites, y con esta confianza que le agrada tanto, no rechazamos nada a nadie, cualesquiera que sean las dificultades de los servicios que dar o los pretextos que alega el amor propio para decir no, Jesús no podrá rechazarnos nada tampoco, aunque su justicia nos haga ver las dificultades, aunque la Providencia parece decirnos que no ha llegado la hora, sobre todo si sabemos poner de nuestro lado a María, que no nos rechaza nada, y a la que nada puede Él negar.

Recordad su primer milagro en Caná de Galilea.

Para hacer nuestra caridad perfecta, sigamos a Jesús que nos muestra siempre el verdadero camino. Yendo un día a la sinagoga, vio un hombre que tenía la mano seca. Pregunta a los fariseos:

- ¿Está permitido hacer el bien un día de sábado?
- Después dijo al enfermo:
- Extiende tu mano.

Recobró la salud, a pesar de ello los fariseos no supieron disimular su cólera.

Jesús ha hecho siempre el bien a todos y en todos los lugares y circunstancias, no obstante la malicia de los hombres.

También yo quiero hacer el bien a todos, con preferencia los más miserables, a los pobres y pecadores, en todos los lugares y circunstancias, a pesar de todas las dificultades.

Jesús, me dice a mí también: "Extiende tu mano", esta mano que pudiera ser que, hasta este momento, estaba seca por el egoísmo. Es necesario extenderla sobre todos mis hermanos, para servir de instrumento a la bondad divina.

¡Oh Jesús, lo deseo con todo mi corazón: hacedme bueno y liberal con todos como tú!

Que no me quede cerrado en mí mismo, turbado por mi amor propio y las preocupaciones mezquinas de mis pequeños rencores; que busque por tanto el bien, el interés y la salvación de mis hermanos. ¡Oh, Jesús, siempre bueno, hacedme bueno como tú lo eres! Enseñadme a olvidarme de mí mismo y a darme a los demás.

XIII. EL AMOR A LOS PECADORES

Jesús se ha quedado solo con la mujer adúltera, que está de pie, delante de Él.

- Mujer, le pregunta: ¿dónde están los que te han acusado? ¿Alguno te ha condenado?
- Nadie, Señor.
- Tampoco yo, no os condeno, marchaos y no pequéis más.

Considerad la miseria del hombre en presencia de la misericordia divina. ¿Quién vencerá? La victoria siempre está siempre del lado de la misericordia.

Si, con un corazón contrito y humillado, el hombre quiere reconocer su miseria, Dios servirá de ella para glorificar su misericordia, que es infinitamente poderosa, infinitamente sabia, infinitamente buena. Es lo que sucede a esta mujer pecadora: allí está, en medio, *in medio stans*, en la humillación más profunda, siente el más vivo remordimiento por su caída y promete de no volver a pecar más. Jesús la perdona y su misericordia de Salvador cubre sus iniquidades.

La parábola del hijo prodigo es otro ejemplo de caridad condescendiente con el alma pecadora. Jesús se representa en ella como la figura del padre del hijo pródigo. Manifiesta un corazón de padre en toda la plenitud de su misericordia, de su ternura, de su liberalidad. Es nuestro padre también y su corazón se emociona, no de cólera, sino de compasión a la vista de nuestras faltas y nuestras miserias. Corre delante del pecador sin darle tiempo de arrojarle a sus pies, al contrario es Él quien se abalanza a su cuello.

Lo abraza con una ternura inefable y le hace gustar las más dulces consolaciones.

Tengamos con los pobres pecadores los mismos sentimientos que el Corazón de Jesús, manifestados en esta parábola: sentimientos de misericordia compadecida a la vista de sus faltas;

sentimientos de liberalidad y caridad para ayudarlos a convertirse. Lloremos con ellos y por ellos, hagamos penitencia en su lugar, ofrezcámonos como víctimas para obtener el perdón.

No pongamos límites a nuestra liberalidad. Como san Pablo, demos todo: talentos, tiempo, recursos y a nosotros mismos por añadidura. Aun cuando no rescataríamos a este precio más que una sola alma, deberíamos pensar que ha sido por nada. ¡Demos todo por salvar estas almas por las cuales Jesús ha dado su sangre!

¡Amenos a nuestros hermanos pecadores! Cuánto más los veamos pecadores, me atrevería a decir: cuánto más culpables, más necesario es amarlos porque tienen más necesidad de amor para obtener su perdón... *Fratrum amator*. ¡Qué hermoso título! ¡Es conmovedor!...

Sacudamos nuestra fe: son verdaderamente nuestros hermanos; hijos del Padre celestial como nosotros; hijos de María como nosotros: hermanos de Jesucristo como nosotros. Amémoslos pues como el Padre de las misericordias los ama; como los ama Jesús nuestro dulce Salvador; como María, la Madre dolorosa los ama. Amémoslos y sacrifiquémonos por ellos.

Veamos, en fin, por el ejemplo de Mateo, cómo Jesús trata a los pecadores, cómo los acoge, cómo les testimonia su amistad.

Los previene por su amor compasivo y misericordioso, para que su corazón sienta verdaderamente su miseria. Los busca con un amor de preferencia, porque los pecadores tienen más necesidad de Él y porque son el objeto especial de su misión: *Veni vocare peccatores*, “He venido a llamar a los pecadores”.

Los acoge con la más grande bondad, como a S. Mateo, a quien escoge a pesar de vida pasada y su estado despreciable a ojos de los judíos, los acoge con una inefable dulzura, como a S. Mateo, a quien llena de confianza y alegría, amor y de reconocimiento.

Les testimonia su amistad, dándoles todo lo que tiene, como hombre y como *Dios*. A san Mateo da su gracia con la que lo colma, su vida a la que lo asocia, su misma dignidad y su título de redentor. Que quiere participar con él: *Sequere me*.

El apóstol no espera ni un instante para responder a la amistad que Jesús le testimonia. Muestra sobre el terreno una generosidad llena de gratitud y amor y, dudar un instante, no teme el cambiar una vida de comodidad por un camino que se le presenta lleno de privaciones, de entrega y abnegación. Con la alegría y el reconocimiento por el favor que acaba de recibir, quiere honrarlo con un banquete solemne a aquel que acaba de admitirlo en su compañía. Deja todo por esta compañía de Jesús, en la que la gracia le dice que encontrará el ciento por uno de todo lo que ha sacrificado.

También yo, pobre pecador, quiero ser el *amigo de Jesús* que ha ganado mi corazón por su bondad y su amor.

Quiero responder al amor misericordioso y compasivo de su corazón, mostrándome a mí mismo, lleno de misericordia y compasión para con mis hermanos, los pobres pecadores.

Quiero responder a su amor de preferencia, prefiriéndolo a Él en todo, entregando todo mi corazón, sin apartes ni reservas, porque mi corazón enfermo tiene necesidad de Él, de solo Él, porque toda mi felicidad es la de responder a su divina llamada, que es toda misericordia, y de cumplir su santa voluntad, que es todo amor.

Quiero responder a su bondad por mi abandono confiado, a su dulzura por mi docilidad en dejarme guiar.

A mi vez, quiero darle todo por Él, devolverle todos sus dones y emplearlos únicamente en su servicio; seré digno de la confianza que me manifiesta al llamarme a participar en sus trabajos, con mi entrega y mi fidelidad constante a todos los deberes de mi cargo.

También yo quiero ser *amigo de los pecadores* para testimoniar mi agradecimiento a Jesús e imitarlo.

Los prevendré con un amor compasivo y misericordioso.

Preferiré a los pecadores, a los débiles, a los miserables, a los que están llenos defectos, porque tienen más necesidad de ser amados.

Trataré siempre estas almas con bondad y dulzura, bebiendo estos sentimientos del Corazón de Jesús, para poder atraerlos a Él suavemente.

Daré todo por ellos: mi tiempo, mis penas, mis gracias, mis oraciones, mis obras, mis sacrificios, para llevarlos conmigo a la vida eterna, donde cantaremos juntos las misericordias del Corazón de Jesús.

XXIV. EL APÓSTOL DE LAS ALMAS

Ved el Buen Pastor, dejando las noventa y nueve ovejas fieles para correr detrás de la oveja perdida hasta que la encuentra. La carga sobre sus hombros con una gran alegría... Dice a sus amigos: “Alegraos conmigo. Habrás más alegría en el cielo por un pecador que haga penitencia que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de ella”.

El Buen Pastor corre detrás de la oveja perdida, con mil fatigas y sufrimientos, a través de desierto y de las montañas, a pesar del mal tiempo; no quiere descansar hasta no haberla encontrado. Ni la obstinación, ni la ingratitud, ni la malicia pueden cansarlo o descorazonar.

He aquí el ejemplo que debéis seguir en la práctica del celo; nada debe costar a quien ama a las almas y medita en lo que Dios ha hecho para salvarlas.

El apóstol del Sagrado Corazón nunca cesa de correr detrás de la oveja perdida; ningún obstáculo puede abatir su coraje y, a imitación del divino Maestro, no se concederá ni un momento de reposo hasta que la haya devuelto al aprisco.

“La carga con alegría sobre sus espaldas”. *Imponit super humeros suos gaudens.*

El Buen Pastor acoge al pecador arrepentido con dulzura y ternura, sin hacerle ningún reproche; con alegría, apretándolo sobre su divino Corazón; con una compasión delicada, perdonándole todos los sufrimientos de la vuelta y tomando sobre sí la penitencia que tenía que hacer por sus pecados.

“Alegraos conmigo”, dice a sus amigos, “alegraos con la mayor alegría”. Es una estupenda alegría para un corazón de apóstol el haber llevado a Jesús una pobre oveja descarriada. Es una alegría muy superior a las alegrías del mundo y que será seguida de una alegría infinita y eterna. ¿Dudaríais, después de todo esto, en trabajar y sacrificaros por la salvación de las almas?

Por desgracia, ¿no habéis seguido a veces el mal ejemplo del asalariado que huye y deja a las ovejas que se dispersen y perezcan?

“El mercenario, dice Jesús, no salva a las ovejas, sino las dejar devorar por el lobo”.

El mercenario tiene miedo del trabajo, que le parece difícil o fatigoso. Huye del trabajo y de la lucha, no se preocupa del celo apostólico, del ejemplo sobre todo, que el celo en acción, el celo que arrastra, el celo que salva; o bien se deja llevar por un celo mal entendido, mandando con un espíritu de dominio y de severidad.

Hoy en que todo espíritu esta dolido y todo corazón afligido, la severidad solo sirve para descorazonar; el espíritu de dominio non conduce a otra cosa que a provocar la obstinación y la revuelta. Son necesarias la miel y la dulzura, como decía S. Francisco de Sales, para agarrar estas pobres moscas a las que el vinagre de la severidad haría huir; es necesario hacerse todo a todos, para ganarlos a Jesucristo; para hacerse maestro de estos corazones agriados, es necesario hacerse el servidor.

Es el interés material el que es objeto de las preocupaciones del mercenario. Los Libros Santos nos presentan un hermoso ejemplo de desinterés en el trabajo con las almas.

Al término de su administración, Samuel convoca al pueblo, y lo toma como testigo, de que lo ha servido con el mayor desinterés, y que nunca ha querido recibir ningún regalo.

Todos testimonian que ha sido así. He aquí al hombre de Dios, al amigo de su pueblo, al salvador de sus hermanos.

¿Y nosotros? Desgraciadamente, nosotros que vemos a Satán y su cruel ejército desolar todo alrededor nuestro, nosotros qué deseáramos para a nuestros hermanos y nuestros hijos, a los que se empuja hacia el infierno, ¿qué hacemos para impedirlo?

¡Ay! *Omnnes quae sua sunt quaerunt...* Nos buscamos a nosotros mismos; en medio de nuestros deseos de celo apostólico y de nuestros proyectos de reparación, con algunas pobres oraciones o también acciones tan imperfectas que intentamos hacer, buscamos nuestro propio interés, la satisfacción de nuestro amor propio, o al menos el saboreo del fruto de nuestros trabajos.

¿Por qué el celo de tantas almas, bastante buenas y comprometidas, queda estéril o casi?

Porque no es desinteresado. Si Jesús viera en nosotros un celo completamente desinteresado, una intención enteramente pura, nos concedería la salvación de las almas por las que rogamus.

No penséis en vuestros intereses materiales: la gracia no se compra a precio de dinero. Estad atentos a no dejaros llevar por el deseo de los honores, de la vanidad; si este veneno se insinúa en vuestras palabras o acciones, sería la muerte del verdadero celo sobrenatural, que solo es el que puede salvar las almas.

Huid también de la búsqueda de vuestro gozo personal, aun el gozo piadoso. Los mejores se dejan llevar. Y las almas que queréis salvar o atraer lo perciben y no os siguen, porque no les hacéis percibir el buen olor de Jesucristo y de su amor; no se convierten de ninguna manera y, ¡por desgracia! no serán salvadas.

Proponeos imitar al Buen Pastor en su vida de acción y buen ejemplo, en su celo infatigable a la búsqueda de las almas, en su dulzura y humildad para ganarlas, en su vida de oración y sacrificio, para confirmar su conversión y asegurar su salvación.

XXV. LA CARIDAD VÍNCULO DEL PERFECTO ESPÍRITU DE FAMILIA

El lazo de la caridad es un vínculo tan fuerte que es el que da la fuerza al espíritu de familia; es al mismo tiempo un lazo tan fuerte que retiene todos los corazones en comunión; un lazo tan bendecido por Dios, que conserva en todos los miembros de la familia el orden, la gracia y la salvación.

Aplicaos con todas vuestras fuerzas a estrechar entre los miembros de vuestra familia este lazo de la caridad más perfecta, esforzándoos en obrar de manera que todo venga desde la caridad, respire caridad y la produzca alrededor vuestro.

Esta caridad mantendrá la paz en vuestra familia, haciendo sacrificar todo que pudiera ser una causa de división, especialmente todo sentimiento voluntario de rencor, toda palabra fastidiosa, toda crítica, toda susceptibilidad o mal espíritu, todo rechazo en hacer un servicio o de obedecer; cualesquiera que sean los pretextos con los que se disimula el amor propio.

Sed por tanto *un ángel de paz* para aquellos de vuestros hermanos que forman una familia con vosotros. Testimoniad a todos una sincera compasión que la haréis todo cuanto sea posible eficaz. Sed el buen Cireneo de todos, porque todos sufren y llevan sus cruces, y Jesús os ayudará a llevar la vuestra. Esto será la plenitud de la caridad, que es también ella misma la plenitud de la ley. Feliz y bendito entre todos será el que se donará, sin decir nada, con una vida oculta, pobre y de trabajo, toda abnegación, por amor a su familia, y que se sacrificará por ella en unión con Jesús. Éste habrá encontrado la ciencia de la paz y la enseñará a cuantos lo rodean.

Sed en vuestra familia, un *ángel de consolación*. Imitad en esto también a Jesús: olvidaos de vosotros mismos, daos a consolar los sufrimientos corporales y espirituales de quienes os rodean. Pensad siempre que, prácticamente devoción y entrega deben ser una y misma cosa. Que vuestro rostro manifieste más bien alegría que tristeza, o cualquier otra afección poco regulada; que esta serenidad exterior de vuestros rasgos sea una transparencia de lo que hay en vuestro interior. Que vuestra modestia alegre a vuestros hermanos: la modestia, poniendo orden en el espíritu y en el corazón, haga ver naturalmente la fisonomía serena y aun sonriente.

¡Oh, que podáis hacer también así el bien alrededor vuestro!

Rogad al Señor concederos esta caridad dulce, afable, que no se cansa, soporta todo, se mantiene sonriente en todos los sinsabores de la vida. Para hacéroslo más fácil, pensad que Jesús mismo habita en medio de vosotros. Mostraos preocupados por servirle, por testimoniarle todo vuestro afecto en la persona de vuestros hermanos. Tratadlos como trataríais a Jesús mismo, con todos los cuidados, respeto y la entrega de una inigualable caridad.

Practicad en fin, en vuestra familia, estos últimos consejos:

- No olvidéis nunca el saludo benévolo de la mañana.
- Tened cuidado en añadir una sonrisa al pequeño servicio que prestáis.
- Dad las gracias por cualquier detalle que hayan tenido con vosotros.
- No olvidéis de tener un cuidado delicado al dar una buena noticia, ofrecer una flor, una estampa, un recuerdo en el día de una fiesta o de un cumpleaños.
- Sabed aceptar un trastorno sin manifestar vuestro fastidio.
- Tened paciencia sonriente al escuchar repeticiones inútiles y soporta importunidades, aparentando encontrarlas interesantes.

- Aceptad, de buenas maneras, las reprimendas, correcciones, aun siendo falsas. No tengáis cuenta de las palabras fastidiosas, burlas, palabras fuera de tono, de mala educación, sino soportadlas en silencio.
 - Y lo mismo, cualesquiera que sean las actitudes hirientes: olvidos, rechazos, desprecios...
- Haced vosotros mismos la lista de estos pequeños nada, de los pequeños actos de virtud, de los pequeños sacrificios que pueden llegar a ser un manantial de felicidad y bienestar para vuestra familia.

XXVI. LA REPARACIÓN

Nunca ha sido más necesaria que en nuestros días, puesto que nunca las ofensas contra Dios han sido tan horribles, las blasfemias tan numerosas, la ruina de las almas más completa; puesto que es la fe los mismos pueblos lo que se busca destruir en sus mismos fundamentos; puesto que nunca el escándalo se ha extendido tanto, hasta llegar a ser un escándalo nacional y que ataca a la misma infancia, nuestra suprema esperanza.

Al presente es necesaria, por consiguiente, una expiación proporcionada al mal, para poder salvar tantas almas, que van a ser sumergidas por las olas de iniquidad que cubren el mundo.

El Salvador invita a sus amigos a la vida de reparación, sin reservas, en sus holocaustos: “Busco una víctima que quiera sacrificarse por el cumplimiento de mis designios”. Y como el apóstol, nos exhorta: “Yo os conjuro, amigos míos y mis hermanos, por la misericordia de Dios, que espera esto para salvar el mundo, a ofrecer vuestros cuerpos como víctima viva y santa”.

Jesús quiere servirse de nosotros, como en el tiempo del diluvio, se ha servido de Noé y de su familia, para salvar las almas, las familias y las naciones. Si tuviéramos una caridad verdadera, ¿podríamos rechazar lo que el Salvador nos pide y espera de nosotros?

No, ciertamente, no tardaremos en responder generosamente a su llamada, a poner en práctica los medios, tan fáciles como estimulantes, que nos han sido sugeridos por una gran Santa del Sagrado Corazón y que son de una gran riqueza si los empleamos siguiendo el espíritu que debe animarlos.

El abandono

El mal que nosotros queremos reparar proviene de la revuelta de los hombres contra la voluntad de Dios, que había dispuesto todo para el mayor bien de todos. El remedio y la reparación consisten en conformarnos, en abandonarnos totalmente a esta voluntad divina, toda sabiduría y bondad. Desde otro punto de vista, no olvidemos que, si Nuestro Señor quiere servirse de nosotros para la obra de la reparación, es porque Él tiene necesidad, para esto, de almas que le estén totalmente abandonadas, de las que pueda hacer lo que quiera. Si las encuentra, realizará en ellas esta obra de una manera, toda suavidad, para estas mismas almas, todo consolador para su divino Corazón, totalmente fructífero para la Iglesia. Queridas almas reparadoras, así

encontraréis, en el abandono el perdón, la salvación y la paz para vosotros y para vuestros hermanos. Donaos al amor por amor, con toda confianza, sin temor ni reserva. Renovad, en toda ocasión, estas disposiciones de abandono en vuestras almas y entonces, avanzad intrépidamente en la obra de la reparación: obra de perdón, de salvación y de paz.

La cruz

Es por la cruz como Jesús ha reparado todos los pecados del mundo. Todas nuestras penas no son, en el plan general de la redención, otra cosa que un medio para unirnos a la cruz de Jesús, para reparar nuestros pecados y los de los hermanos. Aceptémoslos pues con este espíritu. Abandonémonos, dulcemente y amorosamente, a todas las cruces providenciales que Jesús nos envía en su misericordia; dejémosle hacer enteramente su Obra de expiación. Por estas cruces y estos sacrificios cumpliremos, por nuestra parte, lo que falta a la pasión del Salvador; completaremos por nuestra parte también la gran obra de la reparación que Jesús ha cumplido en el sacrificio del Calvario y que aplica a nuestras almas por el sacrificio de la Eucaristía.

La plegaria y la adoración

Almas reparadoras, vosotras sois de algún modo, encargadas de otras almas. Debéis ser en el cuerpo de la Iglesia, órganos de oración y sacrificio. La oración del justo tiene mucho poder sobre el Corazón de Jesús, ahora más que nunca, porque si es la hora de la miseria, es también la hora de la misericordia. La plegaria obtendrá para vuestros hermanos gracias de salvación y os alcanzará el coraje y la confianza necesarios para llevar a cabo vuestra obra.

Para reparar tantas rebeldías que desgarran el Corazón de Jesús y tantas blasfemias que lo ultrajan, ofrecedle duplicados los homenajes de vuestra dependencia y las alabanzas de vuestro amor. Reconocedlo como vuestro Creador y Maestro, el Soberano Bien, de quien recibís todos vuestros bienes. Multiplicad al infinito vuestros actos de amor, vuestros actos de abandono completo a su divina voluntad. Reparad con la oración, la Eucaristía, las comuniones.

Obrad también en vuestro mundo con el ejemplo, la fidelidad a todos los deberes religiosos, con la práctica de las diferentes virtudes cristianas. Restableced y renovad la vida cristiana a vuestro alrededor, y cada esfuerzo en este campo os fortalecerá en vuestro fervor.

Y al mismo tiempo que queréis liberalmente suplir, reparar, completar por las acciones de vuestros hermanos, el Corazón de Jesús suplirá y reparará por las vuestras, y completará vuestros trabajos como si nada hubiese faltado a vuestro fervor.

Buscad con celo infatigable el suscitar en todas las partes para el Corazón de Jesús, amigos y reparadores que le consuelen con su amor, esforzándoos en inspirar a vuestros hermanos una tierna devoción al Corazón de Jesús.

El amor lo resume todo, da todo su valor a las diversas obras de reparación y puede suplirlas a todas. El amor de un alma reparadora es el bálsamo para las llagas del Corazón de Jesús; es una dulce compensación por tantos homenajes que le son robados; una agradable satisfacción por tantos ultrajes como le han hecho soportar.

Amemos, amemos, y es suficiente. Amemos nosotros mismos, amemos por nuestros hermanos; consumámonos en el amor y difundámoslo a nuestro alrededor. Hagamos todo el esfuerzo posible para nuestro Amigo único sea amado tanto como Él lo desea, será la reparación más dulce que podamos ofrecerle. El alma que, a su alrededor, difunda amor, reparará todo el mal que se ha hecho alrededor de ella; la que cubrirá a sus hermanos con su amor, en cuanto le sea posible, contribuirá en la mayor medida posible a su perdón y a su salvación. Como la Magdalena, el alma que ama mucho ella misma y por sus hermanos, logra que sus muchos pecados sean perdonados a ella misma y a sus hermanos.

Almas reparadoras, amad mucho, con un amor que crece a medida de la misericordia del Corazón de Jesús con vosotras. Amad sin reserva ni medida, amad sobre todo por los que no aman: esta será la obra de la reparación perfecta.

XXVII. LA REPARACIÓN (Continuación)

Jesús, rechazado en Nazaret por sus allegados y compatriotas, y se fue a Cafarnaún, para Él la ciudad de la consolación. Venía, como lo había predicho el profeta Isaías, a anunciar la Buena Noticia a los que estaban sentados en la región de sombras de muerte, visitándolos con sus entrañas de misericordia, para hacer surgir sobre ellos el sol de la verdad.

Almas reparadoras, Jesús es rechazado por sus hijos ingratos; viene para encontrar en vuestros corazones su consuelo. ¿Queréis recibirlo y consolar su corazón tan amoroso y tan afligido? ¿Queréis aceptar el camino de penitencia y sacrificio que os ofrece, que os invita a participar con Él y que debe, asegurando vuestra salvación, haceros dignos de llegar a ser sus apóstoles y salvar almas con Él.

Es sobre todo *la penitencia*, bajo sus distintas formas, interior y exterior, la penitencia del cuerpo, del corazón, del espíritu, aceptada, buscada y pedida, según el atractivo de la gracia, que es necesaria para calmar la justicia de Dios, satisfacer por las ofensas cometidas contra Su Majestad, pagar las deudas de las almas que es preciso salvar.

¡Haced, pues, penitencia! En primer lugar por vosotros mismos, puesto que debéis creer que sois los primeros pecadores. Después por vuestros hermanos, en tanto en cuanto tenéis la gracia para las obras de la reparación, puesto que la reparación no es otra cosa que la penitencia, con un matiz de perfección y la intención de expiar por los demás.

Con este espíritu, abrazad valientemente las prácticas siguientes:

- Ante todo huid de toda falta voluntaria, aun venial; cumplid mejor vuestros deberes, combatid vuestros defectos.
- Haced a menudo actos de contrición perfecta por vuestros propios pecados y por los que se comenten en el mundo.

- Esforzaos en dar satisfacción a Dios renunciando a la búsqueda de la sensualidad, de la vanidad, de vuestros gustos y reparando en tanto que os sea posible, la ofensa que es para Él la infidelidad de sus amigos, la tristeza que le causan los mismos con los cuales debería contar más.

La vida eucarística.

La vida de reparación es la heredad más especial del alma eucarística, porque ella vive siempre con Jesucristo y porque Jesús-Hostia es el objeto principal, el modelo y el medio de nuestras reparaciones.

Es en efecto en la santa Eucaristía donde, principalmente, Nuestro Señor es ultrajado de la forma más cruel: la profanación de la Eucaristía es para el hombre el crimen más espantoso, porque le hace comer y beber su propia condenación; es por el desprecio y abandono de Dios en la Eucaristía como los hombres se alejan de los manantiales de la vida, caen en la apostasía y pierden la fe.

Es, pues, hacia esta dirección a donde deben ir los esfuerzos del alma reparadora.

Jesús Hostia debe ser su modelo.

¿Qué hace en su tabernáculo? Ruega, se inmola, repara. Vive siempre allí para interceder por los pobres pecadores; está ocupado sin cesar en reparar el mal que hacemos a Dios y nos hacemos a nosotros. Es, en el silencio y la paciencia, una vida de reparación universal y perpetua. Mirad e imitad el divino modelo: Amad a Dios y a los hombres como Él, entregaos y reparad como Él.

*Jesús Hostia es, sobre todo,
el instrumento de nuestras reparaciones.*

Apropiaos del amor y las satisfacciones de Jesús, después ofrecédselas a Dios como un bien que os pertenece a vosotros mismos, y con el que podéis pagar vuestras deudas y las de vuestros hermanos. Ofreceos con Jesús, para no hacer con Él sino una sola víctima, con los deseos de reparación más ardientes y más amplios. Jesús, que no puede sufrir que los deseos de un alma que le ama sean imperfectos, los perfeccionará Él mismo.

XXVIII. CONCLUSIÓN

La reparación es inspirada por el amor y se ejercita por el sacrificio. Es por amor y sacrificio por los que Jesucristo ha redimido el mundo y él, cuanto más mantenga en nosotros esta doble disposición, también nosotros más cooperaremos a la obra redentora.

La sociedad es grandemente culpable. Si queremos ser salvados y salvar a nuestros hermanos, es preciso necesariamente asociarnos a la Pasión del Salvador. Los crímenes de una familia provocan la cólera de Dios sobre ella, los crímenes de una nación provocan la cólera de Dios sobre esta nación; también al contrario, las reparaciones hechas en nombre de las familias, en nombre de la nación pueden atraer sobre ellas la misericordia. El mundo en tiempo del diluvio y del paganismo, estaba entregado al vicio de la carne. Pero la misericordia de Dios ha encontrado el medio, aun castigando a estos desgraciados, de salvar un gran número para la eternidad.

¡Ah, si hubiera entre nosotros muchos Noés consoladores, apóstoles penitentes y reparadores, cuántos pobres pecadores serían alejados de las llamas del infierno que amenazan con devorarlos!

Almas reparadoras, multiplicad los frutos de penitencia, de reparación, por vosotros vuestros hermanos, sobre todo cultivad estos tres frutos, sin los cuales pereceremos todos: la oración de nuestros corazones, contritos y humillados, las obras de satisfacción, los sacrificios de una conversión sincera, sólida y completa. Haced mediadores para calmar al Señor; poneos como muro entre Dios y los pecadores.

Sed víctimas para responder al deseo más íntimo del Corazón de Jesús que tiene necesidad, por encima de todo, de almas suplicantes y víctimas para salvar el mundo.

En fin, en vuestra esfera de influencia actuad con el ejemplo, la fidelidad a vuestros deberes, por la práctica de las diversas virtudes, a fin de restaurar o restablecer la vida cristiana alrededor vuestro. Arrastraréis, al mismo tiempo que os consolidaréis en el fervor, y Jesús suplirá el mismo lo que podría faltar a vuestro celo reparador.

Además, si os ofrecéis con Él como víctimas de un mismo sacrificio, por su Iglesia y por las almas, habréis logrado el cúlmen del fervor reparador: *Maiorem hac nemo habet.*